

**Este documento contiene el prefacio y el capítulo 5 (“ideología y competencia política”) del libro *La decisión electoral: Votantes, partidos y democracia en México*, de Alejandro Moreno, próximo a publicarse en Miguel Ángel Porrúa.**

## **PREFACIO**

En la decisión electoral confluyen factores de largo plazo, como la identidad partidista y la ideología, y factores de corto plazo, como la evaluación al desempeño del gobierno, las condiciones económicas, los candidatos y el ambiente informativo de las campañas electorales. Los primeros influyen en la formación de coaliciones electorales estables, dando forma y dinámica al sistema de partidos. Los segundos influyen en el resultado de las elecciones. Ambos determinan quién gobierna y cuáles son los vínculos que los partidos establecen con los electores. Este libro busca contribuir a un mejor entendimiento del votante mexicano, así como de las coaliciones de electores que apoyan a las principales fuerzas políticas en el país. Para ello, se analizan docenas de encuestas realizadas a lo largo de dos décadas, entre 1986 y 2007, poniendo especial atención a las elecciones presidenciales de 2000 y 2006. El propósito es ofrecer las explicaciones del comportamiento electoral que nos permitan no sólo saber qué pasó y cómo decidieron los votantes en esos comicios, sino también delinear un diagnóstico acerca de cómo será la competencia electoral en un futuro cercano.

Las elecciones presidenciales de 2000 y 2006 fueron eventos políticos marcadamente distintos. La votación en 2000 provocó la alternancia en el poder Ejecutivo, luego de 71 años de gobierno priista. El triunfo de Vicente Fox fue ampliamente aceptado la misma noche de la elección y el 2 de julio de ese año unió a los mexicanos en una celebración democrática. En contraste, la elección de 2006 y su secuela tuvieron agrios cuestionamientos, los actores políticos se acusaron mutuamente y a las instituciones, los electores se dividieron y el proceso, en general, se prestó para promover una cultura de desconfianza e intolerancia. El cerrado resultado electoral fue objeto de duda para un grupo nutrido de personas. Varias semanas después de la elección, los mexicanos aún no tenían certidumbre de quién sería el próximo presidente de la República. Más que una fiesta democrática, los comicios generaron reclamos de un recuento “voto por voto, casilla por casilla”, los cuales reflejaban nítidamente las sospechas de buena parte de las clases política e informativa. Entre julio y septiembre, mientras el país esperaba el fallo del Tribunal Electoral sobre la elección, el llamado “conflicto postelectoral” terminó de polarizar a la sociedad mexicana—que ya había dado señales de una profunda división política por lo menos desde el proceso de desafuero a Andrés Manuel López Obrador como Jefe de Gobierno del Distrito Federal, entre 2004 y 2005. Finalmente, el 5 de septiembre de 2006, el Tribunal Electoral declaró válida la elección presidencial. El candidato del PAN, Felipe Calderón Hinojosa, fue confirmado como ganador con una mínima diferencia de 0.56 por ciento de la votación (casi 234 mil sufragios más que López Obrador, de un total de 40.6 millones de votos válidos emitidos). A diferencia de Fox, Calderón no obtuvo el reconocimiento de su principal contendiente.

Pero las diferencias entre ambos procesos electorales no se limitan a sus formas y procedimientos, o en si hubo celebraciones o reclamos. En el fondo, como se documenta en este libro, esas elecciones se diferenciaron entre sí por la naturaleza de las coaliciones de votantes que apoyaron a las principales opciones políticas. De una elección presidencial a otra se registraron dramáticos cambios en la composición del apoyo electoral obtenido por el candidato ganador, aún y cuando éste pertenecía, en ambas ocasiones, al mismo partido político, el PAN. En 2000, el candidato panista ganó la elección presidencial llamando al electorado a votar por un cambio, a arriesgarse con un partido distinto al que había gobernado durante siete décadas. En 2006, otro candidato panista apeló a la continuidad, al no cambio, a no arriesgarse con una opción a la que calificó como “peligrosa”.

En 2000, la estrategia del cambio funcionó: Vicente Fox obtuvo cerca de 16 millones de votos (15,989,636, de acuerdo con las cifras del Instituto Federal Electoral), casi dos y medio millones más que el candidato del PRI, Francisco Labastida, quien quedó en segundo lugar de la contienda. En 2006, Felipe Calderón, con su estrategia de no cambio, obtuvo un millón de votos menos que Fox (14,919,927 según el IFE), pero superó con una mínima diferencia a su más cercano competidor. La disminución en el apoyo panista con respecto al 2000 se debe, en parte, a las transformaciones que experimentó el electorado, en general, y en la recomposición de las coaliciones de votantes que apoyaron a cada opción política, en particular. López Obrador contó con el apoyo de 9 de cada 10 electores que habían sufragado por Cuauhtémoc Cárdenas en 2000 y, además, fue capaz de incrementar la votación favorable a su candidatura a más del doble de lo que tuvo su antecesor. Calderón, en contraste, solamente fue apoyado por de 6 de cada 10 electores que habían votado por el cambio en 2000. Según los datos de una encuesta nacional de salida realizada por el diario *Reforma* el 2 de julio de 2006, 3 de cada 10 votantes que en 2000 le dieron su voto a Fox, en 2006 votaron por López Obrador, mientras que sólo 6 de cada 10 refrendaron su afinidad con la opción blanquiazul. A pesar de esta pérdida de apoyo, y de un crecimiento perredista de tal magnitud, el PAN logró retener la presidencia de la República.

La retórica panista se había transformado luego de seis años como partido gobernante. Todavía en 2003, en el marco de las elecciones para diputados federales, la referencia al cambio fue recurrente, como evidenciaba la frase de la campaña panista, “quítale el freno al cambio”. En 2006 el discurso del candidato del PAN giró en torno al no cambio. Pero no sólo se trataba de un giro discursivo, de forma; también había razones de fondo que sustentaban esa estrategia. La composición de los electores que apoyaron al PAN se transformó notablemente de una elección a otra. La coalición electoral que llevó a Fox a la Presidencia en 2000 combinaba votantes de un amplio espectro político, era una especie de partido cacha-todo que obtuvo el apoyo de diversos segmentos sociales e ideológicos en casi todo el país. El guanajuatense fue votado por electores de izquierda, de centro y de centro-derecha, pero cuyas diferencias ideológicas eran secundarias ante la tarea inmediata de “sacar al PRI de Los Pinos”. La idea del “voto útil”, ese sufragio de izquierda emitido a favor de Fox, fue una clara señal de que el objetivo de derrotar al partido oficial se antepone a cualquier diferencia programática o ideológica entre los votantes del cambio.

El año en que Fox ganó la elección presidencial, el votante del cambio era, en promedio, más joven, más escolarizado, más urbano y más liberal en sus valores sociales y

políticos que el votante del PRI. En contraste, el Revolucionario Institucional contaba con su principal base de apoyo entre los electores de más edad, con menores niveles de escolaridad, en el campo y entre los mexicanos cuyos valores y creencias eran fundamentalmente tradicionales y, en cierta medida, autoritarios. El principal eje de conflicto político en México reflejaba el proceso de modernización por el que el propio PRI había llevado al país durante varias décadas. Por un lado se alineaba políticamente un México moderno, que aspiraba a mayores espacios democráticos, y que había dado la espalda al tricolor en las urnas desde los años ochenta en varias ciudades. Por otro lado, se manifestaba un México tradicional, poco familiarizado con la competencia política y empeñado en mantener al partido gobernante en el poder. El libro *El votante mexicano* (Moreno 2003) tuvo la tarea de delinear esta marcada división política a través de la evidencia que las encuestas realizadas entre 1986 y 2000 ofrecían. La alineación de los votantes en dos polos, como los recién descritos, parecía lo suficientemente clara como para definir a la lucha por la democracia y la alternancia versus el mantenimiento del régimen priista como el principal eje de conflicto político en el país durante los últimos quince años del siglo XX. El razonamiento fundamental para unos era la continuación del PRI, mientras que para otros era lograr el cambio por el cambio mismo.

Luego de varios años en que la alineación de los votantes tenía un lado favorable al PRI y otro a la oposición, en 2006, tan sólo a seis años de la alternancia en el Poder Ejecutivo, la coalición de votantes del cambio se había bifurcado. Los polos ideológicos que habían sido secundarios en elecciones previas se volvieron uno de los diferenciadores más marcados entre las dos principales candidaturas a la presidencia. En ese año, los votantes de izquierda sufragaron predominantemente por el perredista Andrés Manuel López Obrador y los de derecha por el panista Felipe Calderón Hinojosa. La pregunta inicial de si votar o no por el PRI ya no fue tan relevante como antes. Por primera vez, el Revolucionario Institucional quedó en tercer lugar en una elección presidencial, registrando un porcentaje de votos dos dígitos por debajo del que obtuvieron los candidatos del PAN y del PRD por separado. A diferencia de la coalición de votantes tipo *catch-all* que favoreció a Fox en 2000, quien contó con los votos de izquierda, centro y centro-derecha, la principal base de apoyo de Felipe Calderón en 2006 provino de los electores de derecha, muchos de ellos motivados por la continuidad y por la aversión al candidato de la izquierda. La política partidista inauguró nuevos polos de conflicto distintos a los de la época priista. Ya sin un objetivo común, como era derrotar al PRI, el electorado más moderno, joven y escolarizado se dividió. Unos votaron por el candidato de izquierda, mientras que otros optaron por mantener al PAN en el poder ejecutivo.

La transformación ideológica de la coalición electoral panista se dio a lo largo del sexenio de Fox. Una vez que el PRI salió de los Pinos, la cohesión de los votantes del cambio mostró ser endeble. Los seis años de foxismo atestiguaron cómo el PAN, tanto entre sus cuadros políticos, como entre sus electores, se fue transformando en su composición social y en sus puntos de vista políticos. El electorado panista se “movió” del centro a la derecha, y no porque haya experimentado una “conversión” ideológica, sino porque atrajo simpatizantes del anterior partido gobernante, a la vez que perdió electores de izquierda que habían votado por Fox para lograr un cambio, pero que no comulgaban con la doctrina blanquiazul. En un lapso relativamente corto, el electorado mexicano experimentó una transformación ideológica significativa, la cual ha modificado las líneas de conflicto

electoral en las elecciones nacionales, comenzando con la presidencial de 2006. Esta transformación había sido ya prevista en *El votante mexicano*, en donde se explicó cómo la derrota del PRI en 2000 podría redefinir las nuevas líneas de la competencia electoral en el país. Efectivamente, así fue. ¿A qué se debió esta transformación ideológica y cómo influirá en las elecciones que vienen? Este libro ofrece algunas respuestas.

Es común pensar que las elecciones de 2000 fueron las primeras de una nueva era democrática, por tratarse de las que provocaron la alternancia. Sin embargo, dada la naturaleza de la coalición del cambio que se manifestó ese año a favor de Fox y que se venía gestando desde los años ochenta (en la elección presidencial de 1988 y en las elecciones locales a lo largo de esa década), la elección presidencial de 2000 podría describirse mejor como la última de una era en la que el eje principal de competencia reflejaba una lógica pro y anti PRI, de coaliciones de electores a favor o en contra del entonces partido gobernante. De aceptarse este argumento, la elección de 2006 realmente fue la primera de una nueva era, en la que el conflicto político-electoral dejó atrás la continuidad del PRI, o su salida, como la principal motivación y razonamiento de los electores. El resultado fue una elección ideologizada y polarizada entre los segmentos sociales que previamente habían sido un agente de cambio. A diferencia de 2000, cuando la Alianza por el Cambio que formaron el PAN y el PVEM movilizó las actitudes de rechazo al PRI y el apoyo a la democracia, en 2006 los actores políticos se encargaron de movilizar abiertamente las orientaciones ideológicas de los electores en términos de izquierda y derecha. López Obrador hizo un particular énfasis en esta polarización ideológica. Si bien, la elección de 2000 testificó una amplia alianza en la que el centro ideológico fue fundamental para el triunfo foxista, la elección de 2006 no fue un llamado al centro y a la moderación, sino un enfrentamiento abierto y hasta agrio entre los polos del espectro político. ¿Seguirá el electorado mexicano polarizado en esos términos, o, dada la experiencia de 2006, buscará opciones moderadas en futuras elecciones?

Además de las interpretaciones y anécdotas que los periodistas y los propios actores políticos han ofrecido hasta ahora (ver, por ejemplo, Camarena y Zepeda Patterson 2007; Fox y Allyn 2007; López Obrador 2007), la elección de 2006 requiere de explicaciones de tipo académico para entender por qué el electorado se comportó de la manera en que lo hizo. La elección presidencial ha generado ya una vasta literatura que intenta explicar diversas facetas de la elección y su secuela postelectoral (Castaños 2006; Moreno y Martínez 2006; Starr 2006; Bruhn y Greene 2007; Castañeda y Morales 2007; Eisenstadt 2007; Greene 2007b; Klesner 2007a y 2007b; Langston 2007; Lawson 2007; Lawson y Moreno 2007; Moreno 2007a y 2007b; Moreno y Méndez 2007; Schedler 2007; Sarsfield 2007), pero no había habido, hasta ahora, una explicación comprensiva que ofrezca no sólo un análisis de la elección, sino que dé cuenta de las transformaciones del electorado a lo largo de los últimos años. Este libro pretende llenar ese hueco. Además de las explicaciones académicas sobre lo que sucedió en las dos últimas elecciones presidenciales, es imperativo preguntarse, con base a lo que se ha observado hasta ahora, cómo probablemente será la dinámica de la competencia política en el país en un futuro próximo. ¿Cómo se ha transformado el electorado mexicano y cuál es el impacto de esa transformación en el futuro de nuestro sistema de partidos? En este libro se ofrecen análisis dentro de ambas vertientes: por un lado, se plantean una serie de explicaciones académicas para entender al votante mexicano y su comportamiento individual en las elecciones de 2000 y 2006, así

como al electorado mexicano en su comportamiento colectivo y los cambios que ha experimentado durante los últimos años. Por otro lado, se ofrece un diagnóstico acerca de cómo, probablemente, será la dinámica electoral en el futuro inmediato, dados los cambios que se han observado en el electorado. Dicho diagnóstico incorpora reflexiones sobre el posible impacto que tendrán las reformas electorales realizadas en 2007 en el comportamiento de los electores. En general, entender la conducta del votante es entender uno de los mecanismos de decisión colectiva más importantes de la democracia: determinar quién gobierna.

Al igual que en *El votante mexicano*, en este nuevo libro se analizan a los electores como individuos y como colectividad, así como la manera en que perciben y evalúan a los líderes que compiten por su voto. Pero, a diferencia de ese primer libro, en donde la atención se centraba en la elección de 2000, este nuevo volumen incorpora el análisis de la elección de 2006, teniendo como imperativo expandir la información para mejorar nuestro entendimiento acerca del elector mexicano. El resultado es un libro que ofrece mucha más evidencia empírica, que se caracteriza por una mayor riqueza analítica y por una mayor fuerza en sus argumentos, conclusiones que, espero, sean compartida por el lector.

En este libro se incorporan variables del voto a nivel individual que hasta ahora se habían ignorado o no habían tenido tanta repercusión en México, tales como las evaluaciones que los electores hacen sobre la economía, tanto personal como del país. Además, también se analizan factores políticos como la aprobación presidencial, la imagen de los candidatos y los temas de discusión en las campañas electorales. El interés de incorporar o expandir el análisis a esas variables responde al simple hecho de que su peso en la decisión de voto fue mucho más importante en 2006 que en 2000. Además, dichas variables son compatibles, como se mostrará más adelante, con la redefinición del principal eje de conflicto político en México, de uno que confrontaban las actitudes de cambio con las de apoyo a la continuación del PRI, a otro en el que se confrontaron, como nunca antes, las orientaciones políticas de izquierda y las de derecha en torno a debates de carácter económico y de desempeño de gobierno.

Al lector se le ofrece una serie de aspectos que pueden no sólo ser de relevancia teórica y académica, sino también de utilidad práctica. Los principales hallazgos vertido en este libro derivan de una importante colección de encuestas que han servido para llevar a cabo el análisis estadístico sobre las decisiones individuales de los electores, así como para describir las tendencias de cambio en la composición agregada del electorado mexicano. Además del uso que se les da a sus resultados en la investigación académica, las encuestas y quienes las realizan se han vuelto un actor de los procesos electorales. Su presencia en los medios es constante y a veces abrumadora durante las campañas políticas, y su peso, más que reducirse, parece incrementarse de una elección a otra. No obstante, los periodistas que las reportan, los políticos que las presumen cuando les favorecen o que las atacan cuando los muestran en desventaja, e incluso los mismos encuestadores cuando las divulgan, suelen cometer serios errores y omisiones en su lectura. Algunas veces esos errores se dan por ignorancia a las metodologías y aspectos técnicos de las encuestas, pero otras por un uso inadecuado y hasta deshonesto de los resultados. Con este libro se pretende que el ciudadano que no es un usuario tan asiduo de esos instrumentos de medición, pero que cada vez está más expuesto a ellos, también se beneficie de la enorme cantidad de información

que ofrecen. No ha habido, hasta ahora, ningún otro libro sobre el comportamiento de los mexicanos que ofrezca tanta evidencia empírica como el que está en sus manos. Espero que eso contribuya a que, a través de nuestro propio conocimiento como votantes, como ciudadanos, como mexicanos, podamos elegir mejor, y exigir lo mejor de aquellos a quienes elegimos.

## V. IDEOLOGÍA Y COMPETENCIA POLÍTICA

Desde hace décadas, las dinámicas de la competencia electoral en las democracias han sido entendidas, en buena medida, en función de un continuo de izquierda-derecha. A mediados del siglo XX, Seymour Martin Lipset (1959/1981) escribió extensamente acerca de la diferencia entre los partidos de izquierda y los de derecha, mientras que Anthony Downs (1957) sentaría las bases de buena parte del análisis electoral actual, con la idea de que los partidos políticos y los votantes pueden localizarse en una dimensión ideológica, por lo que, al saber la distribución de éstos últimos en dicha dimensión, pueden entenderse las estrategias de los partidos y la naturaleza de su apoyo. Así pues, la ciencia política, en su intento por comprender los vínculos entre votantes y partidos, se ha basado en la noción de “dimensiones de competencia”. Dichas dimensiones pueden reflejar divisiones en la estructura social, en las orientaciones valorativas, o en sistemas de creencias encontrados con respecto a lo que debe ser la sociedad, la economía y la política, y el continuo izquierda-derecha ha sido una herramienta analítica muy útil para representarlas. Su poder explicativo en el voto ha sido tal, que en la reciente edición de *El votante europeo* (Thomassen 2005) se reconoce que “las orientaciones de izquierda y derecha de los ciudadanos constituyen normalmente uno de los factores que determinan las decisiones de los votantes europeos en las urnas” (van der Eijk, Schmitt y Binder: 2005:167).

En México, la noción de “izquierdas” y “derechas” no ha sido ajena al debate político. La influencia de las posturas ideológicas en el voto a nivel individual ya se había explorado desde las elecciones de 1988 y 1991 (ver Domínguez y McCann 1995) y se documentó durante los años noventa (Moreno 1999b). Sin embargo, los significados de izquierda y derecha reflejaban, más que el típico conflicto entre clases sociales o entre capitalismo y socialismo, la pugna por la democracia, la alternancia y el cambio político. La elección presidencial de 2000 terminó de apuntalar a la izquierda como pro-democrática y anti-priista, y a la derecha como autoritaria y favorable al sistema de partido dominante. Sin embargo, las apelaciones a izquierdas y derechas fueron pocas en el discurso político. La correspondencia entre postura y temática se observaba más a nivel de los ciudadanos. Los votantes solían atribuir las posturas de derecha a todo lo que fuera gobierno, y las posturas de izquierda a todo lo que se opusiera a éste, definiendo un eje gobierno-oposición que tuvo su más fuerte manifestación en el voto de 2000.

La elección presidencial de 2006, en cambio, sí se enmarcó más enfáticamente como una competencia entre la izquierda y la derecha. López Obrador fue particularmente diáfano al referirse a su candidatura y a su proyecto de gobierno como una izquierda auténtica, y en señalar a su principal oponente como el representante de la derecha conservadora. Varios meses antes de la elección ya se había vislumbrado claramente esa polaridad a nivel de los electores, como lo refleja el siguiente texto publicado en marzo de 2006 y basado en una encuesta de valores realizada en noviembre de 2005, casi ocho meses antes de la elección:

“La contienda presidencial exhibe tres opciones políticas las cuales se dividen, por lo menos, el 90% de las intenciones de voto. Sin embargo, dos de ellas disputan más intensamente la posición puntera

y, además, tienen prácticamente dividido al electorado en polos ideológicos: López Obrador domina en la izquierda, mientras que Felipe Calderón aventaja en la derecha.

“Esta composición bipolar, dominada por el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y el Partido Acción Nacional (PAN), no tiene precedentes en las elecciones federales. Nunca antes se había observado una elección a nivel nacional en donde el PRI no figurara como primera o segunda fuerza política-electoral. Además, la división ideológica en la era de competitividad electoral que se abrió con la elección de 1988 se había entendido, en todo caso, bajo una óptica política, como una confrontación entre el PRI y la oposición. En un influyente artículo publicado en 1995, los politólogos Jorge Domínguez y James McCann sostenían que la decisión individual de voto de los mexicanos consideraba, en primera instancia, si votar o no por el PRI, dejando en un segundo término la decisión de votar por algún otro partido. Las circunstancias actuales llaman claramente a reevaluar ese modelo. Para el nuevo votante mexicano, la principal dimensión de competencia entre los partidos, y que fue central hasta las elecciones presidenciales de 2000, ya no es de orden político. Los tiempos en que el fin primordial del voto era el *statu quo* priísta vs. la alternancia han quedado atrás. Hoy en día, los contenidos de la izquierda y la derecha apelan más a los valores sociales liberales y conservadores, y a las preferencias de redistribución económica estatista y de mercado.” (Moreno 2006b: 54-55)

En este capítulo se revisa la relación que hay entre las orientaciones de izquierda y derecha y las preferencias electorales. El propósito principal es mostrar que, si efectivamente el continuo izquierda-derecha es portador de los principales significados del conflicto político-electoral, entonces un debido entendimiento de éste y de sus dinámicas nos permitirá delinear con la mayor claridad posible la naturaleza de las coaliciones de electores en el país. Además, es necesario examinar cómo se han venido transformando dichas orientaciones ideológicas, tanto desde el punto de vista del balance de posturas de izquierda y de derecha, es decir, su distribución en el electorado, como desde la perspectiva de sus significados. En general, las dimensiones subyacentes, pero predominantes, del contenido ideológico de izquierda y derecha son muy relevantes para entender la competencia electoral en el país.

## **Ideología y voto**

La elección presidencial de 2006 parece haber sido mucho más ideológica que la de 2000, pues la movilización de las predisposiciones de izquierda y derecha fue más notoria, además de que el peso relativo de esas predisposiciones en la decisión individual de voto fue más fuerte (como se verá en el capítulo VII). En 2000, Vicente Fox atrajo más votos del electorado de izquierda y centro-izquierda que el propio Cuauhtémoc Cárdenas, los cuales sumó a su coalición natural de centro y centro-derecha; pero el panista perdió el voto de la derecha ante el candidato del PRI, Francisco Labastida (Moreno 2006a). ¿Por qué el PAN, si normalmente se percibía como un partido de derecha, logró ganar su primera elección presidencial con un fuerte apoyo de la izquierda? La respuesta simple y corta es que el electorado de izquierda era, primero que nada, anti-priísta, y Fox representaba la opción más probable para derrotar al PRI. Esto significa que la alternancia, como un fin, jugaba un papel más importante en la lógica del votante que las diferencias ideológicas y programáticas. Las investigaciones que detectaron que los típicos contenidos ideológicos de capitalismo versus socialismo entre el electorado mexicano eran, efectivamente, secundarios ante la tarea inmediata de sacar al PRI de Los Pinos (Moreno 1996b, 1998, 1999a, 1999b, 2006a), también pusieron las bases para entender la llamada coalición del cambio, es decir, el conjunto de votantes que apoyaron a Fox en 2000. Dicha coalición



estaba constituida por electores que eran, en promedio, más jóvenes, más urbanos y más escolarizados que el electorado priista. Su oposición al partido oficial era una de las fuerzas subyacentes más notorias en su conducta electoral, por lo que cualquier diferenciación ideológica pasaba a un segundo plano (Moreno 2003; 2006a).

Durante el aumento de la competencia electoral en México, los términos de izquierda y derecha solían estar más vinculados con las actitudes hacia la democracia y el proceso de democratización, que con el clásico conflicto socioeconómico. Como se apuntó en su momento, “[e]n un principio, la cristalización de orientaciones político-ideológicas [en México] ha reflejado el contexto de la transición a la democracia, las presiones de cambio y la resistencia al cambio que experimentan las sociedades que transitan hacia un sistema político más abierto y competitivo. De esta manera, el tema más importante de conflicto durante el proceso de cambio no ha sido otro que el cambio mismo, o, más específicamente, el cambio hacia la democracia” (Moreno 1999b: 45). En este sentido, la evidencia de encuestas realizadas en 1990 y 1997 mostraba que “los puntos de vista opuestos con respecto a la democracia están fuertemente relacionados con las preferencias partidarias, [y] la dimensión de izquierda-derecha refleja bien esos puntos de vista encontrados, con la ‘izquierda’ representando a las actitudes prodemocráticas, [...] y la ‘derecha’ a las posturas autoritarias” (Moreno 1998).

A pesar de que ese contenido temático de las posturas de izquierda y derecha era primordial en el México de los noventa, en esas investigaciones también se planteó que, una vez resuelto el problema de la alternancia, su significado era probable de retomar el conflicto clásico entre orientaciones económicas, o de adoptar la creciente influencia de los valores liberales y fundamentalistas o conservadores: “...la transición a la democracia y su consolidación son procesos temporales, y es probable que los temas primordiales de conflicto y competencia que se desarrollan durante esos procesos también sean temporales. Puede esperarse que el proceso de consolidación de un sistema democrático en México vaya acompañado por un reemplazo gradual del tema de la democracia por otros temas que interesan y afectan a los ciudadanos: cuestiones de redistribución y bienestar económico, formas alternativas para promover la seguridad pública, propuestas de participación y extensión de los derechos de las minorías, ampliación de las oportunidades de trabajo y desarrollo de la mujer, etcétera” (Moreno 1999b: 46). Esta expectativa, de hecho, se cumplió en 2006, cuando los significados de izquierda y derecha habían dejado de lado su preeminente connotación política de los noventa y adoptado las clásicas posturas en torno a un conflicto económico.

Pero el cambio en los significados de izquierda y derecha no es un fenómeno que solamente se haya observado en el país. En otras democracias emergentes del mundo post-comunista, donde regía un sistema de partido único y poca o nula competencia política, algunos estudios han mostrado evidencia de una transformación en los contenidos ideológicos de izquierda y derecha. En Ucrania, por ejemplo, los puntos de vista hacia la democracia eran fuertes determinantes de esas posturas ideológicas durante las etapas tempranas de la competencia electoral, pero luego adoptaron un significado más cercano a las típicas orientaciones socioeconómicas predominantes en otras sociedades (Klobucar, Miller y Erb 2002). Por otra parte, en el electorado ruso también se documentaron cambios en los significados de izquierda y derecha: “Nuestra evidencia sugiere que ciertamente ha

habido un cambio dramático en el carácter de izquierda y derecha en Rusia señalado por las posturas en una escala [ideológica], en donde su significado ha evolucionado en gran medida a la par de la transición política y económica” (Evans y Whitefeld 1998: 1026). En Polonia, las opciones políticas alguna vez unidas ante un enemigo común que era el partido comunista, posteriormente, ya sin ese frente, se dividieron en opciones de izquierda y derecha en franca competencia electoral.

En México, la coalición del cambio formada por electores urbanos, más jóvenes y más escolarizados que el votante priista, se fue desarrollando poco a poco desde los años ochenta, cuando el PRI comenzó a perder elecciones a nivel local. El creciente voto anti-priista fue, en ese sentido, un producto de la modernización en el país. La contienda presidencial de 1988 fue, probablemente, el primer momento en que esta coalición de electores se manifestó tan masiva y contundentemente; sin embargo, el punto climático de expresión del electorado moderno anti-priista se dio en los comicios de 2000, cuando el voto a favor de Fox propinó al PRI su primera derrota en una elección presidencial. Precisamente porque la coalición del cambio se fue gestando desde años atrás, la elección de 2000 pudiera verse no como la primera de una nueva era democrática, sino como la última de una era en la que el eje principal de conflicto se daba entre la continuidad del PRI y la preferencia por el cambio, y cuyos polos enfrentaban a un electorado más tradicional, rural, de mayor edad y de menor escolaridad de un lado, y un electorado más moderno, más urbano, más joven y más escolarizado, del otro.

De aceptarse ese punto de vista, la elección presidencial de 2006 podría considerarse como la primera de una nueva era de competencia política-electoral en México. En esa elección, el PRI no figuró como una de las dos opciones con mayor apoyo electoral, sino que cayó al tercer lugar con un electorado significativamente reducido y ligeramente envejecido. La coalición de electores que buscaba el cambio y, ante lo cual, anteponeía dicho fin a sus diferencias ideológicas internas, ya sin un enemigo común en 2006, quedó bifurcada: la izquierda de un lado, apoyando al candidato perredista, y la derecha del otro, favoreciendo a Felipe Calderón. Sin el PRI en Los Pinos, la coalición del cambio probó ser más endeble, más ideológica, e incluso más sensible a la polarización, de lo que había mostrado ser cuando el PRI controlaba el poder Ejecutivo. En ese sentido, la coalición de votantes que llevó al candidato del PAN a la presidencia de la República en 2000, fue muy distinta a la que votó por el candidato de ese mismo partido político en 2006. Esta transformación refleja no sólo un reacomodo de votantes en el continuo izquierda-derecha, sino también una redefinición en los contenidos temáticos de estos conceptos, como ya se mencionó. Es probable que tan sólo de 2000 a 2006 los mexicanos hayan experimentado una significativa realineación ideológica, como se ha sugerido en otras partes (ver Moreno 2006d). Sin embargo, también es probable que no se trate solamente de una realineación, sino de un cambio en la importancia de las dimensiones de conflicto político. Como se argumentó desde el principio del libro, la dimensión política de competencia prevaleciente en los noventa y hasta 2000, cedió centralidad a una dimensión económica de izquierda-derecha en 2006.

Analizar la relación que hay entre las posturas ideológicas de izquierda y derecha y el voto nos permite delinear, junto con el partidismo explorado en los capítulos anteriores, un componente adicional de largo plazo definitorio de las coaliciones de electores en

México. Aún y cuando pueden estar fuertemente relacionados entre sí, algunos autores han argumentado que el partidismo y las posturas ideológicas son aspectos diferentes del elector: “El estatus teórico del concepto de izquierda-derecha en los estudios electorales es por tanto inherentemente distinto a la noción de identificación partidista” (van der Eijk, Schmitt y Binder: 2005:167). Como rasgos del votante, ambos aspectos nos ayudan a entender la naturaleza de las coaliciones electorales que se forman en torno a los partidos y sus candidatos. El tema central de esta segunda edición de *El votante mexicano* es, precisamente, ilustrar cómo cambiaron las coaliciones de votantes entre 2000 y 2006 y qué implicaciones probablemente tenga dicho cambio para la competencia político-electoral futura en el país. La coalición del cambio fue duradera, formándose muy probablemente en los años ochenta y creciendo en tamaño hacia finales de los noventa, para jugar un papel crucial en la victoria de Fox en 2000. Sin embargo, después de la alternancia, dicha coalición se resquebrajó, y los electores de izquierda que votaron por Fox no refrendaron su voto por Calderón. ¿Qué tan probable es que las coaliciones de electores observadas en 2006 perduren en otras elecciones presidenciales como la de 2012? ¿Seguirán los electores polarizados en izquierda y derecha o buscarán opciones más moderadas?

Como se mencionó anteriormente, a pesar de que Fox y Calderón eran candidatos del mismo partido, el PAN, las coaliciones de votantes que llevaron a cada uno a la presidencia fueron en muchos sentidos diferentes. Para tener una idea de esas diferencias, las encuestas de salida realizadas durante las jornadas electorales de 2000 y 2006 nos ofrecen información relevante, en particular sobre la relación que guardan las posturas ideológicas con el voto. En el cuadro V.1 se muestra la desagregación del voto por los principales candidatos presidenciales según la categoría ideológica a la que dijo pertenecer el votante. Como puede apreciarse, la coalición de votantes que apoyó a Fox se distribuyó a lo largo de casi todo el espectro ideológico, desde las posturas de izquierda, donde obtuvo el 50% de los votos, pasando por las de centro-izquierda y centro, en donde obtuvo el 54 y 51%, respectivamente, y hasta la postura de centro-derecha, en donde alcanzó el 59% de las preferencias. En todas esas categorías de votantes, Fox venció a Labastida, logrando incluso diferencias de votación mayores a 30 puntos en las categorías de izquierda y centro-izquierda, en donde, por cierto, también venció a Cárdenas con relativa facilidad. Sin embargo, Labastida derrotó a Fox en la categoría de votantes de derecha, superándolo por 26 puntos porcentuales: 56% a favor del priista, contra un 30% que respaldó al panista.

#### [CUADRO V.1 POR AQUÍ]

En contraste, la coalición que apoyó a Calderón en 2006 fue ideológicamente muy diferente de la coalición de Fox. A diferencia del guanajuatense, Calderón ganó el voto de la derecha, superando a Roberto Madrazo en un electorado que había apoyado holgadamente a Labastida seis años antes; pero el panista perdió entre los votantes de centro-izquierda e izquierda. Mientras que éstos últimos habían dado cómodas ventajas a Fox en 2000, en 2006 se manifestaron abrumadoramente a favor de López Obrador. También los votantes de centro, que habían sido relativamente más generosos con Fox en 2000, hacia 2006 representaron la categoría más competida del espectro político, otorgando al final una leve ventaja a Calderón. El candidato panista de 2006 refrendó solamente el apoyo de los votantes de centro-derecha que habían dado su mejor desempeño electoral a Fox. Esto último significa que, a pesar de los cambios observados en el apoyo electoral de

los votantes de izquierda y derecha, las posturas de centro-derecha son las más vinculadas con el voto panista. En ese segmento se puede apreciar su electorado más comprometido y más estable (por lo menos en las dos elecciones presidenciales aquí analizadas).

Como se apuntó en el prefacio a esta edición, los ejes discursivos de las campañas presidenciales de Fox y Calderón fueron distintos. Fox llamó al electorado a votar por un cambio, a arriesgarse con una opción distinta a la que había gobernado al país durante siete décadas. En contraste, Calderón se guió por una estrategia casi totalmente opuesta, llamando a los electores a votar por la continuidad y a no arriesgarse con una opción que fue tildada de “peligrosa”. La campaña panista de 2000 se benefició del mensaje de cambio, mientras que la de 2006 sacó provecho del no cambio. Además de haber contado con el nicho natural del PAN, encontrada en las posturas de centro-derecha del espectro político, a Fox le respondió también la izquierda. A Calderón, la derecha.

La naturaleza ideológica de las coaliciones de votantes que otorgaron el triunfo a los candidatos del PAN en 2000 y en 2006 puede apreciarse en las gráficas V.1 y V.2. En estas gráficas se muestra la diferencia, en puntos porcentuales, entre el voto obtenido por el candidato del PAN en cada elección y el porcentaje obtenido por su principal oponente en cada una de las categorías ideológicas de los votantes. Dicha diferencia esta calculada con base en el voto reportado en el Cuadro V.1, a partir de las encuestas nacionales de salida.

En la gráfica V.1 se observa una amplia coalición foxista de izquierda, centro-izquierda, centro y centro-derecha, que solamente cedió la victoria en las posturas de derecha. La amplitud de la base electoral foxista de 2000 y, en general, del panismo en la segunda mitad de los noventa, fue un fenómeno descrito como una coalición tipo cachatodo (Magaloni y Moreno 2003). En 2006, sin embargo, la coalición de votantes del PAN difícilmente puede ser catalogada como tal. Los datos mostrados en la gráfica V.2 confirman que la de Calderón fue una coalición de centro-derecha y derecha, confrontada marcadamente con una coalición de izquierda y centro-izquierda favorable a López Obrador. El margen de victoria del candidato del PRD (el principal partido en la Coalición por el Bien de Todos) llegó a ser incluso de 49 puntos sobre Calderón entre los votantes de izquierda, ganando en razón de 4 a 1.

#### [GRÁFICAS V.1 Y V.2 POR AQUÍ]

Si bien cada una de estas gráficas ilustra los puntos del espectro político de los que provinieron principalmente los votos de los candidatos presidenciales en 2000 y 2006, viéndolas juntas es claro que las coaliciones de votantes de los candidatos del PAN fueron muy distintas. Esto no cierra la posibilidad de que los candidatos del PAN y del PRD en ambas elecciones presidenciales hayan contado con un núcleo estable de seguidores, pero, incluso con tal núcleo, la composición ideológica de las coaliciones de electores en esos años fueron significativamente diferentes.

La conexión que aquí se observa entre la postura ideológica del votante y su voto no sólo refleja el vínculo con el partido, sino también las opiniones que los votantes tenían acerca de los candidatos presidenciales. Para ilustrar esto con la elección de 2006, la gráfica

V.3 muestra los niveles de popularidad neta (porcentaje de opiniones favorables menos porcentaje de opiniones desfavorables) de los tres principales candidatos presidenciales en cada una de las categorías ideológicas de izquierda y derecha. La presentación gráfica de estos datos se basa en la que hace Evans (2004:103-104) con respecto a las elecciones de Francia en 1995 y Noruega en 1993, y con las cuales discute la aplicación de la teoría “direccional” del voto comentada en la introducción de este libro.

Según puede observarse en la gráfica, López Obrador era mucho más popular entre los electores de izquierda, seguidos por los de centro-izquierda, pero era impopular en el segmento de centro-derecha. En contraste, Calderón era precisamente más popular en el grupo ideológico de centro-derecha—el más hostil a López Obrador—menos popular en el segmento de centro-izquierda y muy impopular entre los votantes de izquierda. Madrazo, por su parte, era también impopular entre la izquierda y centro-izquierda, y muy poco popular en el resto de las categorías ideológicas, teniendo su nicho más favorable en la derecha (aunque aún en ese segmento, la diferencia observada con López Obrador fue mínima). Concentrándonos en los dos principales candidatos presidenciales, es evidente que su nivel de popularidad por grupos ideológicos marca una clara polarización: López Obrador era el candidato favorecido por los votantes de izquierda y Calderón por los de derecha. El centro era un poco más ambivalente ante ambos, con una pequeña ventaja para el candidato panista.

Esta clara relación entre las posturas ideológicas y las opiniones acerca de los candidatos se dio de manera distinta en el 2000. De acuerdo con los datos presentados en la gráfica V.4, el enfrentamiento de izquierda contra derecha se observa entre Cárdenas y Labastida, pero es bien sabido que Cárdenas quedó en un distante tercer lugar de la contienda. Labastida era más popular entre la derecha, mientras que la popularidad de Fox era alta a lo largo de casi todo el espectro político, entre las categorías de izquierda hasta las de centro-derecha, e incluso tenía ligeramente más opiniones favorables que desfavorables entre el electorado de derecha que perdió ante el candidato priista. Como ya se había mencionado en el caso del voto, Fox era más popular que Cárdenas entre los votantes de izquierda.

#### [GRÁFICAS V.3 Y V.4 POR AQUÍ]

Nuevamente, si enfocamos la atención a las dos gráficas juntas, puede apreciarse que el apoyo que Fox tenía en 2000 entre los electorados de izquierda fue en buena medida lo que ganó López Obrador en 2006, mientras que buena parte del segmento de derecha que tenía Labastida en 2000 se transfirió a Calderón en 2006. En términos numéricos, aunque no necesariamente proporcionales, Calderón perdió 37 puntos porcentuales en el electorado de izquierda que había obtenido Fox, y 21 puntos entre el electorado de centro-izquierda, pero ganó 40 puntos entre el electorado de derecha en el que Fox fue derrotado, y 3 puntos entre el electorado de centro-derecha donde mejor le había ido al guanajuatense. Estos reacomodos de las preferencias electorales en tan sólo seis años ameritan una mayor explicación.

#### **La distribución izquierda-derecha y las posiciones promedio de los votantes**

La distribución de las posturas de izquierda y derecha en el electorado mexicano se fue transformando durante la década y media que precedió a las elecciones presidenciales de 2006. Esa transformación no se dio de manera azarosa, sino que siguió patrones claramente distinguibles, registrando algunos fenómenos dignos de destacarse y, por supuesto, de interpretarse. La discusión de esta sección se basa en los datos recopilados en las muestras correspondientes a México de la Encuesta Mundial de Valores, realizadas en 1990, 1997, 2000 y 2005. Además, también se incorpora a esta colección de datos otra encuesta sobre valores realizada con un cuestionario comparable en 2003.

El primer fenómeno que se observa en estas encuestas es que la proporción de personas que no se ubican en la escala de izquierda-derecha disminuyó de 30 a 17% entre 2000 y 2005. Esta disminución de los electores que carecen de una orientación ideológica y que, por lo tanto, quedan fuera del espectro ideológico, puede leerse como una mayor ideologización. Esto resulta compatible con el argumento de que la elección 2006 fue, efectivamente, más ideológica que la de 2000, ya que más votantes parecen haber respondido a la movilización y al constante uso de los términos izquierda y derecha. Cualquiera que sea el caso, entre una elección y otra el electorado mexicano se volvió un poco más ideológico. Es difícil determinar hasta qué punto esta ideologización fue un mero producto de las circunstancias del 2006, o si responde a una tendencia de cambio más gradual y, en ese caso, si el nivel de ideologización permanecerá. La fuerte relación que se observó entre las posturas de izquierda y derecha y el voto puede ser un indicio de que ésta probablemente podría ser duradera.

El conjunto de electores que no se ubican a sí mismos en la escala ideológica ha atraído muy poca atención de los politólogos, pero éste suele ser un segmento cuya proporción lo hace muy relevante. Los electores para quienes no tiene sentido ubicarse en la escala izquierda-derecha han sido denominados como *marais* (Deutsch et. al. 1966, citados en Pierce 1995). Analizados particularmente en el electorado francés, “los *marais*, que consisten en gente que tiene poco o nulo interés en la política, incluyen un número desproporcionadamente grande de gente que no participa en las elecciones, pero, en la medida en que los *marais* votan, representan una fuerza impredecible aunque potencialmente decisiva. Los *marais* son impredecibles porque son el grupo menos claramente anclado en el electorado francés. Y son potencialmente decisivos en las elecciones cerradas, en las que las fuerzas de izquierda y de derecha se aproximan a la igualdad, los votos de los *marais* pueden inclinar la balanza hacia un lado u otro.” (Pierce 1995: 65). En México aún no se ha abierto una discusión acerca de la relevancia de este grupo electoral, pero los siguientes datos podrían desatar un mayor interés por esos votantes. Combinando a los votantes que no tienen una identificación partidista (los independientes y los apolíticos) con los que tampoco se ubican en la escala izquierda-derecha, para formar un grupo de votantes apartidista y no ideológico, las proporciones de ese tipo de votantes que se registraron en las encuestas de salida de las elecciones presidenciales de 2000 y 2006 fueron el 14 y 15%, respectivamente. En 2000, el 51% de ese grupo (al cual denominaremos, por ahora, como *marais*), apoyó a Vicente Fox. En 2006, los *marais* favorecieron ligeramente a López Obrador con un 40% sobre Felipe Calderón, con un 36%, pero lo interesante fue que su apoyo al PRI fue solamente de 14% y su voto por la candidata de Alternativa alcanzó el 8%.

## [GRÁFICA V.5 POR AQUÍ]

Un segundo fenómeno observado en la evolución de las posturas de izquierda y derecha es que el balance de los grupos ideológicos de izquierda, centro y derecha se ha redistribuido entre el electorado, un fenómeno particularmente visible a través de la reducción proporcional del centro. La encuesta de valores originalmente mide las posturas de izquierda y derecha de los entrevistados en una escala del 1 al 10, donde 1 es izquierda y 10 derecha, pero, para propósitos de simplificación, esa escala fue reagrupada en tres categorías en el presente análisis: izquierda (agrupando a los códigos 1 a 4), centro (5 y 6) y derecha (7 a 10). En la gráfica V.5 se muestran los porcentajes de cada grupo en cada una de las encuestas de valores. La tendencia observada indica una gradual disminución de electores que se ubican en el centro del espectro político, de 48% en la encuesta inicial, de 1990, a 31% en la encuesta de 2005. Este “desvanecimiento” del centro sugiere que el electorado ha dejado poco a poco una posición moderada y se ha polarizado más. Pero esto sólo es parcialmente cierto. La disminución proporcional del centro se ha traducido, principalmente, en un crecimiento de las posturas de derecha. La mayor polarización hacia ambos lados del espectro político no se observa durante todo el periodo de las encuestas, pero sí en el último levantamiento, el de 2005, el cual arrojó la menor proporción de electores centristas (31%), la mayor de izquierdistas (24%) y un porcentaje relativamente alto de derechistas (45%).

Como ya se había señalado en la primera edición de este libro, el electorado en su conjunto se venía moviendo hacia la derecha hasta las elecciones de 2000, pero esa tendencia comenzó a revertirse desde entonces. Esto puede ilustrarse por medio de la postura promedio de todos los entrevistados en cada muestra de las encuestas de valores: el promedio en la escala izquierda-derecha de 10 puntos (donde el 1 es izquierda y el 10 derecha) fue de 5.69 en 1990, de 5.82 en 1997 y de 6.55 en 2000. Esto que parecía una constante “derechización” del electorado cambió en 2003, cuando el promedio fue de 6.25. Esta reversión se confirmó en 2005, cuando la encuesta arrojó un promedio de 6.18. Aún así, la posición promedio del electorado se ubica en una posición de centro-derecha.

¿Por qué han ocurrido estos cambios en el punto medio de las posiciones ideológicas en el país? De acuerdo con la evidencia recopilada tanto por las encuestas de valores como por las encuestas de salida a votantes, las posturas promedio de los electores que apoyan a cada uno de los partidos políticos también han cambiado. La evidencia de estos cambios se puede apreciar en las gráficas V.6 y V.7. El electorado del PRI, que solía ser el más derechista en 2000 (con un promedio de 7.32 en la escala de 10 puntos de izquierda-derecha), se movió hacia la izquierda, registrando un promedio de 6.76 en 2005. Mientras tanto, la posición promedio del electorado del PAN se deslizó hacia la derecha, de 6.24 a 6.78. Estas direcciones opuestas en el cambio de la posición promedio de ambos partidos puede ser señal de que el traslado de electores del PRI al PAN es una fuerza subyacente de la “realineación” ideológica de los electorados partidarios. Después de varios años de haberse encontrado a la izquierda del PRI, en 2005 el electorado panista promedio se movió a un punto ligeramente a la derecha del electorado priista, aunque no tan a la derecha como la que tenían los priistas seis años antes. En ese sentido, el electorado más derechista de 2005 estaba un poco menos a la derecha que el de 2000. Esa es una razón por la que el promedio general se movió a la izquierda. Sin embargo, ésta no es la única razón.

El electorado independiente, que se encontraba tan sólo marginalmente a la derecha del PAN en 2000 (con un promedio de 6.29), registró un movimiento sustancial hacia la izquierda en 2005, alejándose del PAN y acercándose a la posición promedio del PRD, con un valor de 5.83. Esto se explica por la atracción que buena parte del electorado independiente tuvo hacia Andrés Manuel López Obrador. Acaso también por ello, la posición promedio de los electores del PRD se deslizó ligeramente hacia la derecha entre 2000 y 2005, pasando de un promedio de 5.23 a otro de 5.56.

[GRÁFICAS V.6 Y V.7 POR AQUÍ]

Todas estas posiciones promedio de los electores en la escala de izquierda-derecha definen dos dinámicas de competencia muy diferentes. En 2000, la convergencia entre panistas e independientes significó una coalición ganadora y heterogénea ideológicamente, cuya posición promedio era centrista, con el PRI y el PRD claramente contrapuestos ideológicamente, a la izquierda y la derecha del PAN. Sin embargo, en 2005, la encuesta de valores delineaba una dinámica más polarizada, en la que en un polo convergían los independientes con los perredistas, y en otro los priistas con los panistas. El hecho de que los independientes tuviesen una mayor afinidad con el PRD (o, más precisamente, con Andrés Manuel López Obrador), unos ocho meses antes de la elección, nos ayuda a entender por qué el abanderado del sol azteca contaba con una ventaja de hasta dos dígitos sobre sus rivales en la mayoría de las encuestas. Al igual que Fox en 2000, López Obrador llevaba una ventaja electoral al contar con más de la mitad del apoyo de los electores independientes. Pero, a diferencia de Fox, quien no sólo mantuvo la ventaja entre ese segmento, sino que la amplió durante su campaña, la preferencia por López Obrador entre los independientes se redujo, en buena medida por los esfuerzos de campaña de Calderón, como veremos en el capítulo VII.

En las mismas gráficas V.6 y V.7, además de las posiciones promedio de los electorados priista, panista, perredista e independiente en la escala de diez puntos de izquierda-derecha, también se muestran las distribuciones de entrevistados a lo largo de dicha escala. El electorado mexicano en su conjunto, retratado por las encuestas de valores, se denota como un electorado con una distribución trimodal, con un segmento muy nutrido en la derecha, otro ligeramente de menor proporción en el centro, y uno más reducido en la izquierda. También se observa que las posiciones de centro-derecha son más numerosas que las de centro-izquierda. De hecho, el electorado de centro-izquierda tiene el menor tamaño relativo.

Comparando las distribuciones en la escala ideológica registradas en 2000 y 2005 pueden percibirse cambios importantes. Los más notables son: (1) el aumento del electorado de extrema izquierda de uno a otro año; (2) la acentuación del electorado de centro-derecha, evidenciado por una joroba en la distribución de 2005 que no existía en 2000; y (3) como compensación de los dos aumentos descritos, una ligera disminución del centro. Esto, nuevamente, es señal de una mayor polarización en 2005 que en 2000, la cual preveía un conflicto político más ideologizado en la elección presidencial de 2006. Aunque las diferencias no son tan grandes como para pensar que la polarización se dio en extremo, lo que sí puede argumentarse, con base en estos datos, es que el electorado mexicano,



efectivamente, sí estaba más polarizado en términos de izquierda y derecha en 2006 que en 2000.

Hasta aquí, los datos de las encuestas de valores nos ofrecen evidencia de la distribución del electorado en su conjunto en la escala izquierda-derecha, y de las posiciones promedio de los electores partidistas en dicha escala. Pero, ¿podemos argumentar que la población que salió a sufragar también confirma estas tendencias? ¿Estaban los votantes reales más polarizados en 2006 que en 2000? Para responder a estas preguntas, volvamos nuevamente a la evidencia que ofrecen las encuestas de salida realizadas durante las jornadas de votación para presidente en esos años.

En las gráficas V.8 y V.9 se presentan las posiciones promedio en la escala ideológica de los votantes que sufragaron por cada uno de los candidatos presidenciales. En este caso la escala que se utilizó en las encuestas es de cinco puntos: Izquierda (1), centro-izquierda (2), centro (3), centro-derecha (4), y derecha (5). Al igual que las encuestas de valores, las encuestas de salida indican un deslizamiento del votante panista promedio hacia la derecha de la escala. Mientras que en 2000, la posición promedio del votante de Fox era 3.02, justamente en el centro, en 2006 el votante de Calderón promedió una posición de 3.89 (estando significativamente más a la derecha que el votante foxista). De manera muy similar a lo que mostraban las encuestas de valores, el votante calderonista promedio se ubicó en 2006 a la derecha del votante del candidato del PRI. Y una coincidencia más con las encuestas de valores, es que el votante promedio de López Obrador tenía una postura de centro-izquierda, pero ligeramente más a la derecha que el votante cardenista seis años antes. Estas coincidencias con las encuestas de valores son impresionantes, ya que éstas últimas se hicieron de 4 a 8 meses antes de las elecciones presidenciales de 2000 y 2006, con muestras del electorado en su conjunto, mientras que las encuestas de salida se hacen a los votantes el día de la elección. Podemos, entonces, afirmar con confianza que estos fenómenos similares detectados con instrumentos de medición distintos revelan la naturaleza de las dinámicas electorales en cada elección presidencial.

#### [GRÁFICAS V.8 Y V.9 POR AQUÍ]

Tal como se observó en las encuestas de valores, las encuestas de salida delimitan una distinta dinámica de competencia electoral en 2000 y 2006. En 2000, la mayor proporción de votos y el ganador de la contienda (Fox) se ubicaron en el centro del espectro político, y la distancia con su principal oponente en la escala ideológica era menor de lo que se registró en 2006. En este último año, los dos principales contendientes estaban más polarizados, con una distancia en la escala ideológica ligeramente mayor que en 2000, y las principales proporciones de voto se repartieron en esos polos (López Obrador y Calderón), no en el candidato que tenía la postura intermedia entre ellos (Madrazo).

A pesar de lo notable de todas estas coincidencias, es necesario mencionar que las variaciones en las posturas ideológicas promedio de los votantes no se explican, en el caso de las encuestas de salida, por variaciones en la distribución ideológica en la escala, como se argumentó en la discusión previa basada en las encuestas de valores. Según los datos mostrados gráficamente, los votantes de 2000 se distribuían en el espectro ideológico de manera muy similar en ambos años. La diferencia porcentual en cada una de las categorías

ideológicas varía entre 1 y 3 puntos, lo cual significa que las distribuciones ideológicas de los votantes básicamente permanecieron igual en las dos elecciones presidenciales, eso sí, manteniendo una distribución trimodal, con más votantes en las posiciones de derecha, centro e izquierda, y con menos votantes en las posturas de centro-derecha y centro-izquierda. Las proporciones de votantes de derecha en 2000 y 2006 representaban 36 y 39%, respectivamente, mientras que los de centro-derecha eran el 9 y 8%, también respectivamente. En su conjunto, la proporción de votantes de derecha y centro-derecha (46%, en promedio), han superado a los de centro (quienes constituían el 23 y 25% en 2000 y 2006, respectivamente). Por su parte, los votantes de izquierda representaron el 21 y 20% en las elecciones presidenciales de esos mismos años, mientras que los de centro-izquierda fueron 10 y 8%. Esto quiere decir que la proporción de votantes de izquierda y centro-izquierda disminuyó, ligeramente, entre 2000 y 2006, de 31 a 28%.

En esto se abre un cuestionamiento importante. Si la serie de las encuestas de valores mostraba un aumento del electorado de izquierda entre 2000 y 2005 de 19 a 24% (como se mostró en la gráfica V.5), pero las encuesta de salida registraron una leve disminución de los votantes de izquierda entre 2000 y 2006, ¿qué explica esta discrepancia? En principio puede haber dos explicaciones lógicas. La primera es que las discrepancias podrían ser el producto del uso de escalas diferentes, una de 10 puntos en las encuestas de valores y otra de 5 puntos en las encuestas de salida. Pero, dadas las enormes coincidencias en otros fenómenos observados utilizando esas mismas escalas, ¿por qué deberían ahora explicar la discrepancia? Una segunda razón es de carácter más político, y se refiere a la participación electoral de votantes de izquierda y de derecha en 2000 y 2006. Varios escenarios son probables en este sentido: (1) que la izquierda haya votado en mayor proporción en 2000 que en 2006; (2) que la derecha haya votado menos en 2000; (3) que la derecha haya votado más en 2006; y (4) una combinación de las opciones mencionadas. Bajo cualquiera de esas posibilidades, la proporción relativa de la izquierda con relación al total de votantes debería registrar una disminución con respecto a seis años antes.

La opción 1 (una menor votación de la izquierda) significaría que la convocatoria de López Obrador a los votantes de izquierda en 2006 fue menor que la de Fox seis años antes. La opción 2 abre la posibilidad de que la derecha que debiera haber apoyado a Labastida en 2000 acudió menos a las urnas (de hecho, la evidencia de que esto pudo haber sido el caso se comenta en otro lado (Moreno 2004), bajo el argumento de que las campañas negativas de 2000 generaron cierto abstencionismo, principalmente de los priistas). La opción 3 significaría que la convergencia de dos candidatos presidenciales (Madrazo y Calderón) en ese lado del espectro haya atraído más electores a las urnas. La participación electoral se analiza con más detalle en el capítulo VIII, pero, por lo pronto, la evidencia de que la derecha votó menos en 2000 que en 2006, puede ayudarnos a entender por qué el peso relativo de la izquierda fue menor en este último año.

### **La redefinición de los contenidos de izquierda y derecha**

Si las posturas de izquierda y derecha reflejan la naturaleza del conflicto político en una sociedad en un momento dado, comprender su significado nos debería permitir conocer qué es lo que está en juego en la competencia electoral en una elección nacional y, a través de

ello, cuáles son las características y orientaciones de las coaliciones de votantes que apoyan a cada opción política relevante. En este capítulo se ha argumentado, con base en investigaciones previas, que el eje principal del conflicto político en México durante los años noventa fue el de la alternancia, el voto por el cambio en contra del voto por la continuidad del PRI. Esto permitió que la coalición foxista de 2000 tuviera una amplia y heterogénea composición ideológica y geográfica, además de basarse en un conjunto de electores más joven, urbano, escolarizado y liberal. Sin embargo, en 2006, ya sin el PRI como frente común al voto opositor, el eje principal de conflicto había cambiado, y las posturas de izquierda y derecha utilizadas en las campañas, ya no reflejaban puntos de vista opuestos con respecto a la democratización del país sino, más bien, posturas opuestas con respecto a los modelos económicos que el gobierno debía seguir.

Efectivamente, sólo seis años después de la alternancia en el poder Ejecutivo, los significados más importantes de izquierda y derecha habían abandonado su contenido eminentemente político (democracia vs. autoritarismo) y retomado el contenido clásico del conflicto socioeconómico (mercado vs. Estado). El propósito de esta sección es mostrar empíricamente que este fue el caso. Para ello, utilizaremos una vez más los datos de las muestras mexicanas de la Encuesta Mundial de Valores, cuyo generoso cuestionario acerca de las formas de ver la vida, la economía y la política, y su aplicación en varios años sucesivos, nos permiten saber si ha habido cambios en las variables de actitud y valores que más se relacionan con las posturas de izquierda y derecha de los electores y, en su caso, qué implican dichos cambios. El desvanecimiento del contenido político, compensado con un fortalecimiento del contenido económico, puede ser interpretado como una redefinición de las posturas ideológicas en México. Dicha redefinición temática, aunada a la realineación ideológica observada en los electorados partidistas, nos habla de cambios importantes en las dinámicas electorales, en particular, y de un sistema mexicano de partidos que se encuentra en una rápida evolución, en general.

Para poder establecer el grado de relación que hay entre las posturas de izquierda y derecha con algunas actitudes y valores, en esta sección se presenta un modelo estadístico de regresión logística multinomial. Dicha herramienta nos permite analizar las posturas de izquierda, centro y derecha como variables dependientes. El análisis que se discutirá aquí solamente se centra en la comparación de izquierda contra derecha, dejando de lado las posturas de centro. La razón es que, si bien el centro puede tener su propio contenido y características, la suposición central del eje izquierda y derecha es que el conflicto y la naturaleza de la competencia política están precisamente definidos por esas posturas encontradas.

Como variables independientes se utilizan mediciones de actitudes de carácter económico, político y social-cultural. En total se contemplan nueve variables independientes. Dos de ellas reflejan el típico conflicto socioeconómico de izquierda-derecha: por un lado, la redistribución económica (preferencias por una igualdad de ingresos) versus la lógica de mercado (una preferencia por los incentivos económicos al individuo a expensas de la igualdad); y, por otro lado, el estatismo (la responsabilidad del gobierno para proveer a las personas) versus el individualismo económico (la responsabilidad de los individuos para proveerse a sí mismos). La expectativa es que las actitudes afines a la economía de mercado y de individualismo económico estén asociadas

estadísticamente con las posturas de derecha, mientras que las actitudes más favorables a una economía estatista y a la redistribución económica se vinculen principalmente con las posturas de izquierda. Ambas variables se midieron en una escala de 10 puntos. Aunque sus distribuciones (y las del resto de las variables independientes) no se comentan con detalle en esta sección, sino que nos enfocamos más bien a su efecto en las posturas de izquierda y derecha, el lector interesado puede ver los resultados desagregados de todas las variables independientes para cada año en el apéndice de cuadros y gráficas, al final de este libro.

Otras dos variables utilizadas en el análisis de las posturas de izquierda-derecha reflejan el conflicto político democracia-autoritarismo (ver Moreno 1999a): Las actitudes prodemocráticas (medidas en este caso con una variable que representa el fuerte apoyo a la democracia) y la deferencia política (representada por la creencia de que un mayor respeto por la autoridad sería bueno para el país). La expectativa en este caso es que el apoyo a la democracia se asocia con la izquierda, especialmente en las encuestas previas a la alternancia política de 2000, mientras que la deferencia se asocia más con la derecha. También se incluyen dos variables relacionadas con el nacionalismo y la religiosidad, aspectos ideológicos que suelen vincularse con las posturas de izquierda y de derecha, por lo menos teóricamente, de la siguiente manera: los electorados más nacionalistas y más religiosos deberían tener una mayor asociación con la derecha, mientras que los electores menos nacionalistas y más seculares deberían expresar preferencias por la izquierda. Otro par de variables utilizadas suele reconocerse como una representación de puntos de vista liberales y conservadores en la sociedad: una tiene que ver con las actitudes de aceptación o rechazo a la homosexualidad, y otra con las actitudes de aceptación o rechazo al aborto. La expectativa es que la aceptación tanto de la homosexualidad como del aborto (actitudes liberales) esté más relacionada con las posturas de izquierda, mientras que las actitudes de rechazo sean más probables entre los electores de derecha. Con respecto a esto último, la escala izquierda-derecha es muy probable de capturar esas posturas sociales, pero también es probable que, hoy en día, esas posturas sean mejor representadas por una escala de puntos de vista liberales-conservadores. Como se argumentará más adelante, el cambio en los contenidos temáticos de izquierda y derecha en México en los últimos años, de una dimensión política a una dimensión económica, pudo haber ocasionado que las actitudes hacia el aborto y la homosexualidad sean más apropiadamente capturadas por una escala de puntos de vista liberales-conservadores, y no necesariamente por la escala izquierda-derecha. En 2006, además de utilizar constantemente los términos “izquierda” y “derecha” en su discurso, López Obrador también hizo referencia a los “conservadores”, por lo que esos términos no estuvieron ausentes en las campañas.

Finalmente, una última variable utilizada en el análisis representa lo que Ronald Inglehart (1977, 1990) denominó como valores materialistas y post-materialistas. Los primeros enfatizan las necesidades físicas y fisiológicas de los individuos, mientras que los segundos dan más importancia a la calidad de vida, la auto-expresión y la libertad de elegir. En la Europa post-industrial, la dimensión de valores materialistas y post-materialistas se identificó como una importante fuente de clivaje político desde los años ochenta (Lijphart 1981), lo cual la hizo un referente obligado en el ascenso de la nueva política y los nuevos temas asociados, en particular, con la nueva izquierda y la nueva derecha (Kitschelt 1995, Inglehart 1997). Su incorporación en los modelos para entender la dinámica cambiante de los sistemas de partidos europeos occidentales fue tan influyente, que la referencia a los

valores materialistas y post-materialistas sigue vigente en los análisis de las sociedades europeas avanzadas (ver Thomassen 2005; Gunther et. al. 2007). Pero si esa división de valores es característica de la sociedad post-industrial, ¿por qué incorporarla a un análisis de las dinámicas electorales y de las identidades políticas en México, en donde el nivel de desarrollo económico es menor? Los argumentos teóricos para justificar su inclusión en el análisis resultan insuficientes, pero, empíricamente, la polaridad de valores materialistas y post-materialistas ha aumentado en importancia en el sistema de valores de la sociedad mexicana. Según el análisis realizado en torno al cambio en los valores durante las últimas dos décadas, las prioridades materialistas y post-materialistas de los mexicanos, generalmente poco visibles y poco relacionadas con los cohortes generacionales y con otras actitudes en el pasado, han crecido en importancia en años recientes (ver Moreno 2005). Las encuestas de valores más recientemente realizadas en el país en 2003 y 2005 muestran que esa división valorativa se ha acentuado y representa una de las fuentes primarias de la división generacional de los mexicanos, con las generaciones más jóvenes expresando más prioridades post-materialistas y las más maduras mostrándose más materialistas, como ha sido el caso en Europa, por lo menos desde los años setenta. La clara evidencia empírica acerca de este fenómeno amerita la inclusión de esta variable en el análisis de las posturas ideológicas en México, aún y cuando su justificación teórica requiere de un mayor desarrollo. Por lo pronto, la expectativa es que los materialistas sean más probables de ser de derecha, mientras que los post-materialistas tengan una mayor afinidad con la izquierda, como ha sido el caso en otras sociedades.

Los resultados del análisis estadístico se presentan en el cuadro V.2. Comentar estos resultados puede resultar una tarea un tanto árida y, por lo mismo, la lectura se simplificará de la siguiente manera. Por un lado se busca señalar, para cada año, cuál o cuáles de las variables independientes son más relevantes para explicar las posturas ideológicas de izquierda y derecha. Para ese propósito, los resultados de la regresión logística multinomial se presentan por separado para 1997, 2000, 2003 y 2006. Por otro lado, se busca señalar si la influencia de una variable o conjunto de variables mantiene su relevancia (o irrelevancia), o si ésta va cambiando con el tiempo.

Como suele hacerse de manera convencional en los cuadros que presentan resultados de regresiones, los coeficientes son acompañados por asteriscos que representan su nivel de significación estadística (o de relevancia, como la hemos llamado hasta aquí). Si el coeficiente de la variable no tiene asteriscos, eso significa que no es estadísticamente significativo y, por lo tanto, no nos ayuda a explicar las posturas de izquierda y derecha de los mexicanos. Si tiene uno o dos asteriscos, podemos decir que su significación estadística es mayor, pero moderada, y si tiene tres asteriscos, podemos con fiadamente decir que esa variable es un fuerte determinante de las posturas ideológicas de izquierda y derecha. En todo caso, y dada la dificultad de interpretación de los coeficientes en un texto como este, en el que se trata de mantener un alto rigor científico pero un bajo nivel de discusión técnica, un mayor número de asteriscos significa un mayor poder explicativo de esa variable en las posturas ideológicas en ese año. Pero, regresando un momento al coeficiente, observar su signo nos permite saber si el grado de asociación (principalmente si éste es significativo), implica que las actitudes representadas en la variable independientes se relacionan con la izquierda o con la derecha. Por la manera como se codificó la variable dependiente, un signo positivo refleja una mayor asociación de la

variable independiente con las posturas de derecha y un signo negativo una mayor asociación con las posturas de izquierda. Por ejemplo, en las variables mostradas en el cuadro donde se describen dos posturas (v.g. igualdad de ingresos versus incentivos individuales), un signo positivo del coeficiente confirmaría que la primera postura (igualdad de ingresos) está relacionada con la izquierda y la segunda postura (los incentivos individuales) con la derecha, mientras que un signo negativo—específicamente marcado en el cuadro—sería un resultado a contrasentido y no esperado (por ejemplo, que los capitalistas fueran de izquierda y los socialistas de derecha). Cuando solamente se muestra una postura (por ejemplo, un “fuerte apoyo a la democracia”, “orgullo nacional”, o la “religión es importante”), un signo positivo significa que esa categoría resaltada se asocia con la derecha, y un signo negativo que la asociación es con la izquierda. Además de todos estos elementos que el cuadro presenta, también se incluyen medidas de bondad de ajuste para el lector especializado.

#### [CUADRO V.2 POR AQUÍ]

Pasemos a revisar los resultados del análisis de regresión mostrado en el cuadro V.2. En 1997, los principales determinantes de las posturas de izquierda y derecha eran las dos variables que representan el clásico conflicto económico de Estado vs. mercado, así como las que marcan la división democrática autoritaria, además de la religiosidad. Esto nos ayuda a explicar por qué en la elección legislativa en la que el PRI perdió por primera vez la mayoría en la Cámara de Diputados (factor político), el voto anti-priista se dividió tan marcadamente entre el PAN y el PRD (factor ideológico económico). En 2000, una de las variables económicas perdió su relevancia (estatismo vs. individualismo económico) pero la otra la mantuvo (igualdad vs. individualismo capitalista). En contraste, las dos variables políticas (respeto a la autoridad y apoyo a la democracia) mantuvieron un cierto nivel de significación estadística, lo cual se puede interpretar como la predominancia del clivaje democrático-autoritario en la elección presidencial de ese año, como se ha argumentado a lo largo de este libro. Ninguna otra variable tuvo peso en determinar las posturas ideológicas de izquierda y derecha en 2000, lo cual puede interpretarse como el efecto de la amplia coalición foxista. En 2003, en el contexto de la elección federal intermedia, las posturas de izquierda y derecha eran determinadas por muchas más variables que en las dos mediciones anteriores: las posturas económicas en su conjunto fueron particularmente relevantes, así como la religiosidad y las actitudes hacia la homosexualidad, y, aunque con una disminución en sus efectos, las variables del clivaje político democrático-autoritario. Incluso la variable de valores materialistas y post-materialistas tuvo una relación significativa con las posturas de izquierda y derecha, aunque contra-intuitivo. Finalmente, en la encuesta de 2005 las posturas ideológicas tuvieron sus determinantes más importantes en las variables económicas, en la religiosidad, y en los valores materialistas y post-materialistas. Las variables características del clivaje autoritario-democrático ya no fueron relevantes para explicar las diferencias entre izquierda y derecha en esa última encuesta. El eje principal del conflicto político previo a la alternancia se había desvanecido.

Si miramos ahora la influencia de cada variable a lo largo del tiempo, se hacen evidentes algunos fenómenos: (1) ya sea en combinación, o con una variable dominando sobre la otra, las variables de carácter económico, que representan el clásico conflicto Estado vs. mercado, son un componente relativamente estable de los contenidos

ideológicos de izquierda y derecha en el electorado mexicano; (2) las variables características del eje de conflicto democrático-autoritario, que dominó la competencia política durante la transformación de un sistema de partido dominante a uno de partidos competitivos, fue central en la elección de 2000, pero a partir de entonces fue perdiendo su centralidad en las diferencias ideológicas y prácticamente su influencia en la ideología fue nula en la elección presidencial de 2006; (3) el nacionalismo no ha jugado un papel importante para definir una u otra ideología, por lo que no resulta una variable relevante; (4) la religiosidad, en cambio, a tenido una presencia relativamente constante en la definición de las ideologías de izquierda y derecha, con el electorado más religioso siendo más probable de ser de derecha y el más secular de izquierda (salvo en el caso de la elección de 2000); (5) aunque se esperaba lo contrario, las variables que representan posturas liberales y conservadoras con respecto a la homosexualidad y al aborto no han sido determinantes importantes de las posturas de izquierda y derecha a nivel nacional durante el periodo analizado. En el caso de las actitudes hacia la homosexualidad, el análisis muestra evidencia de que fueron importantes determinantes de la ideología en 2003, junto con la religiosidad, con la que guardan cierta relación. Sin embargo, su efecto más generalizado en las posturas de izquierda y derecha ha sido realmente débil. Como se mencionó anteriormente, es probable que con la evolución temática que está experimentando el electorado mexicano en sus contenidos ideológicos, las posturas ante la homosexualidad y el aborto sean más adecuadamente captadas por una escala de puntos de vista liberales y conservadores que por la escala de izquierda y derecha, pero esta es una aseveración que está sujeta a una mayor comprobación empírica en investigaciones posteriores.

Finalmente, vale la pena hacer una reflexión acerca de la variable que representa los valores materialistas y post-materialistas. La tendencia observada con relación a esta variable es que su influencia en definir las posturas de izquierda a derecha pasó de nula en 1997 y 2000, a moderada en 2003 y 2006. En otras palabras, su importancia en la definición ideológica viene creciendo. ¿Por qué? ¿Qué significa eso? Un primer punto que hay que enfatizar es que la conexión de esos valores con las posturas de izquierda y derecha fue, por primera vez, significativo en 2003, pero de una manera contraria a lo esperado. Los materialistas se mostraron más probables de ser de izquierda y los post-materialistas de derecha. A pesar de esta inconsistencia, en 2006 la influencia de los valores en la ideología también fue moderadamente significativa, pero de una manera más consistente: los valores post-materialistas se asociaron con la izquierda y los materialistas con la derecha. El que la influencia de esta variable haya crecido tiene que ver con que las generaciones más jóvenes de la sociedad mexicana son crecientemente post-materialistas, al grado de que el balance de preferencias post-materiales ha superado a las materiales (Moreno 2005). En contraste, las generaciones mayores son abrumadoramente más materialistas, como se ha observado en Europa por muchos años.

Este contraste generacional no se había observado tan nítidamente antes de la encuesta de 2003, por lo que es un fenómeno reciente en México. Por ello, la explicación del surgimiento de los valores post-materialistas en el país debe buscarse en las experiencias culturales de los mexicanos de esta época y no necesariamente en el nivel de desarrollo económico alcanzado (la cual sería la explicación clásica del surgimiento de manifestaciones post-materiales). El inicio de siglo ha estado marcado no sólo por la alternancia política, sino también por una mayor exposición a la globalización (tanto por la

vía de la migración como por la entrada de más empresas, productos, servicios e ideas al país, éstas últimas principalmente por los medios de comunicación, aunque también por las formas de organización laboral y educativa, así como por las innovaciones tecnológicas). En general, se ha observado una mayor diversificación en los estilos de vida y, según las encuestas de valores, un claro aumento en el sentido de libertad individual de los mexicanos, quienes “hoy se sienten más libres que los mexicanos de hace diez o veinte años” (Moreno 2005; ver también el capítulo IX). Los valores post-materialistas en México han crecido en importancia, porque la sociedad mexicana en su conjunto, y principalmente sus generaciones más jóvenes, se han movido poco a poco hacia una cultura de la autoexpresión, de la cual los valores post-materialistas son un componente central. Los valores post-materialistas son un rasgo no solamente de una sociedad ambientalista y verde, como suele reducirse al concepto a raíz del *boom* ecologista en Europa, sino también de una sociedad crecientemente crítica de la autoridad y guiada por un sentido de libertad e individualismo (Inglehart 1997)

La creciente relevancia política del post-materialismo en México no se debe tanto a su movilización por parte de las elites políticas en el país, aun y cuando crecientemente se tocan temas de carácter post-material, sino a la transformación valorativa por la que está pasando la sociedad mexicana, y la brecha generacional que está generando dicha transformación, lo cual es muy probable que tenga efecto en la competencia política electoral:

“[C]ualquiera que sea la causalidad [...] lo cierto es que el sentido de libertad para elegir se ha ampliado significativamente durante los años de la democracia, de la alternancia, del libre comercio. Las desigualdades sociales persisten, los niveles de pobreza son escandalosos, la inseguridad provoca constantes miedos. A pesar de todo, nuestros valores han seguido una trayectoria que nos aleja de la cultura de escasez y supervivencia, a la vez que nos acerca a una cultura de expresión propia y de gran estima por la libertad. Los pasos en ese rumbo no son agigantados, pero sí consistentes, claros, significativos, como si supiéramos desde un principio hacia dónde vamos.

Esta travesía juntos, paradójicamente, nos separa. Las brechas generacionales de valores son más marcadas hoy que hace veinte años, especialmente las relacionadas con los valores de supervivencia, esos que se enfocan a la búsqueda de una seguridad física y fisiológica, y los valores de autoexpresión, los que enfatizan la libertad de elegir, o *human choice*”. (Moreno 2005: 26).

En suma, el creciente significado ideológico y político de los valores va de la mano con una corriente de literatura que, precisamente, señala a estos últimos como una fuente de clivaje importante en los electorados contemporáneos (Inglehart 1997; Knutsen 2005; Gunther y Hsin-chi 2007). En el caso mexicano, la conexión del post-materialismo con las posturas de izquierda, como se observó en 2005, representa un electorado crítico de la autoridad y propenso a demandar políticas que garanticen o amplíen la libertad individual. Por el contrario, la vinculación del materialismo con las posturas de derecha representa un electorado guiado que busca la seguridad y la estabilidad, dispuesto a ceder parte de sus libertades a cambio de aquéllas. ¿Acaso el surgimiento de esta variable representa un nuevo clivaje que ha venido a sustituir a la previamente predominante división autoritaria-democrática? Quizás es muy temprano para poder dar una respuesta a esa pregunta, pero, con base en la poca evidencia recopilada hasta ahora, ciertamente es una posibilidad. Lo importante por ahora es dejar documentado el creciente vínculo de esos valores con las



posturas ideológicas de izquierda y derecha en el país, y, consecuentemente, su posible relevancia en la competencia política-electoral futura.

La redefinición de los contenidos de izquierda y derecha entre el electorado después de la elección de 2000 sugiere que los mexicanos hemos abandonado un eje de conflicto que resultó primordial en la era de la transformación política del país (denominado de manera muy general el clivaje autoritario-democrático), y que hemos entrado a otra era política en la que las ideologías típicamente de contenido económico moldean la competencia electoral (el denominado eje de conflicto de izquierda-derecha materialista, para usar el término empleado por Knutsen (1989) para describir el eje de conflicto europeo, o simplemente el eje de posturas redistributivas estatistas contra las posturas individualistas de mercado). La evidencia hasta aquí presentada sugiere que, hoy en día, hay una clara correspondencia entre las preferencias o actitudes económicas y las ideologías de izquierda y derecha. Pero incluso esta fuerte asociación ya se había dejado ver desde 2000, a través de la encuesta tipo panel que se hizo en ese año. Dicho estudio permitió hacer pruebas de estabilidad y consistencia ideológica para determinar el grado de ideologización del electorado mexicano. Los resultados arrojados por el estudio panel de 2000 indican que buena parte del electorado mexicano piensa en términos ideológicos; además, la mayor parte del electorado mexicano se identifica con alguna de las corrientes ideológicas de izquierda y derecha y eso tiene efectos importantes en sus preferencias partidistas (ver Moreno 2006c). Una de las aplicaciones que se ilustran en el razonamiento ideológico de los mexicanos es la referente a las posturas en torno a una reforma energética: “[los] datos... confirma[n] que la estabilidad y consistencia ideológicas marcan posturas claramente más acentuadas en la opinión pública [mexicana] sobre el tema de la industria eléctrica” (Moreno 2006c: 30). Además, el mismo estudio concluyó que “la estabilidad ideológica es mayor entre los segmentos más escolarizados, más interesados en política y entre los más comprometidos afectivamente con los partidos políticos, y muy posiblemente con las probabilidades de que una persona vote en una elección” (Moreno 2006c: 31). En otras palabras, la ideología importa en México, ya sea como un recurso cognitivo sofisticadote unos pocos, o como un recurso afectivo y de identificación y posturas políticas entre un segmento importante del electorado.

Algunas otras investigaciones que se han hecho en el país acerca del uso que los mexicanos hacen de los recursos ideológicos, efectivamente han encontrado que, efectivamente, la ideología importa. James McCann, por ejemplo, encuentra una importante dimensión ideológica en las opiniones que los mexicanos tenían en 2006 hacia el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, y hacia el presidente de Cuba, Fidel Castro. Dichas posturas marcan, en su análisis, una dimensión subyacente que se relaciona fuertemente con las orientaciones de izquierda y derecha (McCann 2006). Otros estudios, también realizados con base a encuestas a nivel nacional, han encontrado una fuerte correspondencia entre las posturas de izquierda y derecha y las opiniones que los mexicanos tienen hacia el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Moreno 2002c), o que las posturas de izquierda y derecha son un determinante importante de las opiniones y actitudes de los mexicanos hacia Estados Unidos en general (Moreno 2002d) y que las actitudes ideológicas, particularmente el individualismo económico, las posturas ante la inversión extranjera y los puntos de vista con respecto al comercio mundial son fuertes determinantes de la confianza o desconfianza que los mexicanos tienen hacia los

norteamericanos (Moreno 2007c). A diferencia de algunas investigaciones que han encontrado lo contrario (ver Estrada y Parás 2006), toda esa evidencia apunta a que la opinión pública en México se expresa, en buena medida, bajo premisas de identificación ideológica.

En conclusión, la evidencia acumulada durante por lo menos la última década y media, con distintas encuestas y con diferentes temáticas, confirma que las orientaciones ideológicas del electorado mexicano importan y, más que una fuente de confusión, “las etiquetas ideológicas son un recurso recurrente del discurso político mexicano, así como un elemento central de la conexión que se observa entre los votantes y los partidos políticos en nuestro país” (Moreno 2006c: 12).

### **Dimensiones ideológicas: el espacio de los partidos en México**

En la sección anterior se analizaron los determinantes de las posturas de izquierda y derecha en México, y previamente se había abordado la relación entre éstas últimas y las preferencias partidistas en el país. La conclusión en conjunto de ambas revisiones es que las preferencias partidistas están vinculadas con las posturas de izquierda y derecha de los electores y, a su vez, éstas posturas reflejan una evolución temática que representa el principal eje de conflicto político, pasando de un clivaje autoritario-democrático principal, a uno de carácter económico, pero en el que la religiosidad y los valores también cobran cada vez más importancia.

En esta última sección del capítulo se analizan las orientaciones partidarias ya no solamente en su vinculación con las posturas de izquierda y derecha, sino en dos dimensiones temáticas de competencia política. El propósito de este análisis es mostrar cómo los partidos políticos tienen nichos específicos en las dimensiones relevantes de conflicto, y entender cuáles son las estrategias que han seguido durante el desenvolvimiento de la competencia electoral en el país. De hecho, comprender las coaliciones de votantes en función de sus posiciones en las dimensiones de competencia, nos ayudará a entender cómo y por qué votaron los electores en 2006 de la manera como lo hicieron, además de por qué algunas estrategias de campaña funcionaron más que otras.

Para analizar las posiciones partidistas en dos dimensiones relevantes de conflicto es necesario construir dichas dimensiones a partir de los datos disponibles. Las encuestas de valores utilizadas en varias partes de este capítulo nos permiten hacer dicha construcción a partir de un análisis de factores. Por motivos de simplificación y de mayor ilustración para el lector, se escogieron dos pares de variables previamente analizadas: las variables económicas que reflejan el conflicto de posturas favorables a una economía de Estado frente a las que apoyan una economía de mercado, por un lado, y las variables que representan las actitudes liberales y conservadoras ante el aborto y la homosexualidad, por el otro.

#### [CUADRO V.3 POR AQUÍ]

Los resultados del análisis de factores se muestran en el cuadro V.3 en varias modalidades: los análisis de 2000 y 2005 por separado, y un análisis en el que se utilizan

las cinco encuestas de valores realizadas desde 1990 acumuladas y combinadas en un solo archivo de datos. (Las cuatro muestras que forman parte de la Encuesta Mundial de Valores de 1990, 1997, 2000 y 2005, y la encuesta de valores de Banamex, realizada en 2003. Lo que puede observarse con estos datos es que, de manera consistente, los pares de variables mencionados componen o definen dos dimensiones ideológicas en México. Dichas dimensiones (una de valores liberales y conservadores y otra de preferencias económicas estatistas y capitalistas) son claramente identificables a lo largo del periodo (tanto con los datos del archivo acumulado, como en los análisis separados de 2000 y 2005, particularmente en la modalidad de rotación varimax, en donde se ve más claramente que son dimensiones empíricamente distinguibles entre sí). En todos los casos, las variables de valores liberales y conservadores explican un porcentaje ligeramente mayor de la varianza total que las variables económicas, por lo que son denominadas como primer factor, mientras que las variables económicas constituyen un segundo factor. Esto no quiere decir que sean las únicas dimensiones relevantes, pero sí que, además de ser teóricamente relevantes, son consistentes durante el período estudiado. Adicionalmente, éstas nos permiten delinear un espacio bidimensional útil para entender la dinámica de competencia entre los partidos mexicanos.

A partir del análisis mostrado en el cuadro V.3, se pueden derivar los valores estadísticos para cada entrevistado en las dimensiones señaladas y graficar las posiciones promedio de los electorados partidistas en un espacio bidimensional. Este ejercicio es lo que nos permite tener una representación gráfica del espacio de partidos en México. La gráfica V.10 muestra las posiciones de los electores promedio de los tres principales partidos políticos, así como del segmento de electores independientes. Además, también se presentan las posiciones promedio de los electores que se ubican a la izquierda y a la derecha en la escala ideológica, como un señalamiento del eje principal de conflicto en este espacio bidimensional. En la gráfica V.10, la izquierda combina una posición de valores socialmente liberales y una preferencia económica hacia la redistribución y intervención estatal en la economía. En otras palabras, los electores de izquierda en 2000 eran, en promedio más liberales y tenían una mayor preferencia por la igualdad económica y el estatismo. En contraste, los electores de derecha tenían una orientación valorativa conservadora y tendían ligeramente más hacia los valores típicos de una economía de mercado. Si estos dos puntos se conectan entre sí, la inclinación de la pendiente de la línea que los une nos permite concluir que ambas dimensiones tenían un peso similar, aunque ligeramente mayor en el de la dimensión vertical de valores sociales. Si éste eje vertical estuviera representado por los puntos de vista hacia la democracia, predominantes en 2000, como ya se vio, la pendiente de la línea que une a los puntos promedio de la izquierda y la derecha enfatizaría el peso de ese eje de conflicto y su predominancia sobre el eje económico, lo cual ya se ha mostrado en otros trabajos (Moreno 1999a).

La gráfica V.10 indica que, en 2000, el electorado perredista se encontraba muy cerca de la postura media de la izquierda, compartiendo una posición similar en los valores sociales, pero con una postura un poco más acentuada en el eje económico hacia la igualdad y la responsabilidad estatal. En un cuadrante diferente, la posición promedio del PAN era similar a la del PRD en los valores sociales, pero era radicalmente opuesta en el eje económico, reflejando una mayor afinidad por la economía de mercado que los perredistas. Esto representa una diferenciación ideológica importante entre perredistas y panistas. Los

independientes también compartían una posición similar al PAN en la dimensión económica representada por el eje horizontal, pero mostrándose menos liberales que los panistas de ese año. Por su parte, el elector mediano del PRI se ubicaba en el cuadrante que combina valores conservadores y una preferencia por la izquierda económica, no tan acentuada como la de los perredistas, pero sí lo suficientemente clara para distinguirse del PAN en ese eje. El PRI de 2000 también tenía la posición más cercana en este espacio a los electores de derecha, principalmente por ser los grupos más conservadores del electorado mexicano. Este es el retrato del espacio de los partidos en 2000 de acuerdo con las posiciones promedio de sus respectivos electores.

¿Cuánto cambió dicho espacio en 2006? La gráfica V.11 nos permite tener una buena idea a este respecto, con base en los datos de la encuesta realizada a finales de 2005. La posición promedio de la izquierda era ligeramente menos liberal que en 2000, y mucho más marcada en el extremo de las preferencias económicas estatistas y redistributivas. En contraste, la derecha permaneció en un punto muy similar al de seis años antes, con una posición ligeramente conservadora y más capitalista. Trazando una línea entre ambos puntos, es decir, entre las posiciones promedio de la izquierda y de la derecha, es evidente que el eje económico horizontal fue preponderante en 2006, ya que la diferencia entre ambas corrientes ideológicas se da más acentuadamente sobre esa dimensión que sobre la de valores sociales. También se evidencian ciertas variaciones de las posiciones partidistas: el PRD moderó sus puntos de vista en ambos ejes (lo cual constituye un movimiento hacia el centro del espacio político), el PRI se movió levemente hacia una postura más conservadora y más de izquierda económica (aunque dicho movimiento es casi imperceptible) y el PAN experimentó, como ya se ha dicho a lo largo de este capítulo, una redefinición ideológica fundamental en torno a la dimensión de valores sociales.

#### [GRÁFICAS V.10 Y V.11 POR AQUÍ]

Si bien el electorado del PAN mantuvo una posición similar a la de 2000 en el eje económico, su impresionante deslizamiento en el eje vertical lo transformó de un partido cuyos seguidores eran, en promedio, más liberales, a otro de afinidad conservadora. Las transformaciones en el partidismo analizados en los primeros capítulos, así como la realineación ideológica descrita en este mismo capítulo, son señales claras de cómo ha cambiado el espacio de los partidos mexicanos luego de seis años de gobierno panista. Esto nos permite establecer las diferencias entre las coaliciones de votantes que se manifestaron en las elecciones presidenciales de 2000 y 2006. Las diferencias entre una y otra se perciben en los tres partidos, pero fundamentalmente en el PAN. La idea originalmente planteada en este libro acerca de que esas elecciones se diferenciaron fuertemente por las coaliciones de votantes que apoyaron al candidato ganador tiene en estas gráficas una prueba empírica adicional: el PAN del 2000 ganó con un llamado al cambio, obteniendo el apoyo de un electorado más prodemocrático y liberal, mientras que el de 2006 ganó una cerrada contienda llamando al no-cambio, obteniendo el apoyo de un electorado significativamente más conservador. Esto, como veremos en el capítulo VII, permitió que una campaña enmarcada en la dimensión económica tuviera como arma importante apelar a la aversión al riesgo de los electores.

Los espacios partidistas de 2000 y 2006 representados en estas gráficas nos permiten entender mejor aún la composición ideológica de las coaliciones de votantes. Sin embargo, las elecciones presidenciales tienen un factor fundamental que no está considerado en estas gráficas: el factor candidato. Como lo dejó claro la experiencia del 2000, el voto foxista no era exclusivamente un voto panista, ni tampoco en 2006 el voto a favor de López Obrador provenía exclusivamente de las filas del PRD. Si se comparan los resultados de la elección presidencial con la de diputados federales en cada caso, ambos candidatos presidenciales superaron a sus respectivas agrupaciones políticas en votos. ¿Cuánto cambia el espacio de los partidos hasta ahora mostrado si se considera el apoyo al candidato y no solamente al partido? Esto lo podemos evaluar para la elección de 2006, graficando al votante mediano de cada uno de los tres candidatos presidenciales principales (desafortunadamente en la encuesta de valores de 2000 no se incluyó una pregunta que reflejara el apoyo al candidato).

La gráfica V.12 incorpora las posiciones promedio, en el espacio bidimensional, de los electores que decían apoyar a cada uno de los tres principales candidatos presidenciales en 2006. Es necesario decir que, debido a un número insuficiente de casos en la encuesta que apoyaban a los otros dos candidatos presidenciales menores, no es posible graficar las posiciones de sus votantes. Además de la posición promedio de los candidatos (según las posturas de sus seguidores), en esta gráfica se desagregan las posiciones partidistas diferenciando a los partidarios duros y blandos de cada uno de los tres partidos políticos. De esta manera puede verse, por ejemplo, que los priistas duros y blandos prácticamente tenían la misma posición en ambas dimensiones en 2005; los panistas duros, aunque igualmente conservadores que los blandos, eran levemente más afines a la economía de mercado; y los perredistas, en este caso, muestran una fuerte división interna, con los perredistas blandos siendo mucho más moderados y los perredistas duros mucho más extremos, por no decir radicales, en sus puntos de vista, especialmente en el eje económico. La distancia ideológica entre perredistas duros y panistas duros en el eje económico nos ilustra, precisamente, el grado de polarización política de izquierda y derecha en la elección presidencial de 2006.

No obstante, las posiciones promedio de los candidatos (según el valor que sus seguidores obtuvieron en ambas escalas) muestran una competencia más moderada de la que se deriva de las posiciones de los partidistas duros. El seguidor promedio de López Obrador era, efectivamente, de izquierda redistributiva y liberal, pero en mucho menor grado que el perredista duro. Por su parte, los seguidores de Calderón tenían, en promedio, una posición similar a la de los panistas duros en el eje económico, pero eran mucho más liberales que el PAN en su conjunto. De hecho, la diferencia más notable entre el votante mediano de López Obrador y el de Calderón no se da en torno al eje de los valores sociales, sino en torno al eje de izquierda-derecha económica. Cuando Calderón ganó la contienda interna de su partido, su estrategia de campaña basada en los valores efectivamente apelaba a los miembros activos y adherentes del PAN, probablemente tan conservadores o más, que el elector panista promedio. En otras palabras, si la posición de los panistas en la gráfica es representativa de los miembros activos y adherentes, que tenían derecho a voto en la elección interna de ese partido, la contienda interna que Calderón ganó tenía forzosamente que apelar a un electorado conservador. Sin embargo, la continuación de su campaña en términos de valores conservadores no era la adecuada para enfrentar a López Obrador en la

elección general. La diferencia entre los votantes medianos de ambos candidatos presidenciales, como puede apreciarse en la gráfica, no estaba marcada por los valores, sino por sus preferencias por distintos programas y propuestas económicas, una evidencia más de que la elección de 2006 se dio en torno a una dimensión económica de conflicto. De hecho, como veremos en el capítulo VII, la activación de predisposiciones económicas fue un factor clave de las campañas en 2006.

[GRÁFICA V.12 POR AQUÍ]

La gráfica V.12 muestra que el votante mediano de Roberto Madrazo era tan conservador como los priistas, pero más moderado en el eje económico que éstos. De acuerdo con estos datos, Madrazo estaba en posibilidad de debilitar a Calderón apelando a temas afines a los panistas blandos, quienes tenían cierta proximidad ideológica con el priista. Esto quizás refleja el abandono de priistas a favor del PAN registrado en los últimos años y documentado en el capítulo II. En el caso de la contienda entre los punteros, el votante independiente tenía una posición intermedia entre López Obrador y Calderón a ocho meses de la elección, por lo que las campañas tenían el potencial de volverse una pugna por ese voto independiente. Éste, precisamente, es el que daba una ventaja al candidato perredista en las encuestas tempranas, cuando llevaba entre 10 y 15 puntos de ventaja, pero que al final de las campañas había cambiado de parecer, favoreciendo en menor medida al perredista e incrementando su apoyo por el panista. Los argumentos de carácter económico en la estrategia panista fueron cruciales para generar este cambio de opinión entre los independientes.

La gráfica V.12 es particularmente ilustrativa para entender que el votante mediano de López Obrador era un poco más liberal que el de Calderón y mucho más que el del PRI, pero lo que realmente dividía a los seguidores del candidato del PAN de los del PRD en polos ideológicos de izquierda y derecha eran sus diferentes preferencias económicas. Si pudiésemos graficar la posición del votante foxista seis años antes, lo más probable es que ésta fuera más liberal que la de los dos candidatos punteros de 2006, pero centrista en lo económico, obteniendo apoyos, como ya hemos visto, tanto de la izquierda, como del centro y del centro-derecha. La bifurcación del voto foxista, o también llamada como coalición del cambio, dio como resultado esta polarización entre el votante de izquierda lopezobradorista y el votante de derecha calderonista. El eje principal de la contienda se dio en torno a las diferencias en la dimensión económica de conflicto: estatismo versus individualismo económico, igualdad versus incentivos de mercado.

¿Tienen estas orientaciones ideológicas algún arraigo en la estructura social, o son simplemente representaciones valorativas que no tienen que ver con las variables estructurales como el nivel de escolaridad, la clase social, el nivel de ingreso, o las diferencias generacionales? La evidencia de los años noventa señalaba que sí había una cierta relación de estas dimensiones ideológicas con variables estructurales como la escolaridad y la ocupación (Moreno 1999a y 1999b), y que diferenciaban las posturas de las distintas generaciones de mexicanos (Moreno 2003). Pero, ¿se observan también diferencias en las posiciones ideológicas de diversos grupos sociales en las encuestas de 2000 y 2005? La respuesta breve es sí. Efectivamente, las encuestas de valores nos permiten observar una vinculación de las variables estructurales con las orientaciones

ideológicas, pero lo importante es entender cómo se da esa vinculación y qué implicaciones tiene para las dinámicas de competencia política en el país.

Las gráficas V.13 y V.14 nos ayudan a cerrar la discusión de este capítulo sobre las dimensiones ideológicas en México, ilustrando la relación entre variables como la escolaridad, la ocupación y los puntos de vista ideológicos (gráfica V.13), o la brecha que marcan las diferencias en las orientaciones ideológicas de las generaciones jóvenes y las mayores (gráfica V.14).

En general, tanto en 2000 como en 2005, la relación entre escolaridad y orientación ideológica es evidente: los segmentos de electores con escolaridad superior tienden a ser significativamente más liberales y más afines a la economía de mercado, mientras que los de menor escolaridad son más conservadores y más propensos a preferir a una economía estatista y de igualdad económica. Esta diferencia no sólo es muy marcada, sino que incluso se profundizó de 2000 a 2005, periodo en el que los electores más escolarizados se volvieron levemente más liberales y más pro-capitalistas. Los mexicanos de escolaridad media se ubican en un punto moderado en ambas dimensiones, mostrando que la relación entre escolaridad y orientación ideológica es monótonica para ambas dimensiones. En términos de ocupación, se seleccionaron dos categorías para ilustrar las diferencias: los profesionistas son, como sería de esperarse, dado su nivel de escolaridad, más liberales y más pro-capitalistas, mientras que los trabajadores manuales, y en especial los no especializados, son menos liberales y más afines a las preferencias de izquierda económica. No obstante, de 2000 a 2005 se registró un cambio importante en la posición de éstos últimos, a una posición un poco más conservadora en lo social y menos izquierdista en lo económico. Con esos cambios, este segmento se alejó de la posición promedio del PRD y se acercó a la posición promedio del PRI en el espacio partidista.

#### [GRÁFICAS V.13 Y V.14 POR AQUÍ]

En lo que respecta a la brecha generacional, la gráfica V.14 muestra que las diferencias ideológicas entre los mexicanos nacidos entre 1976 y 1988 y los nacidos antes de 1940 son muy marcadas; pero los son particularmente en torno a los valores sociales y liberales, no tanto en cuestión de puntos de vista económicos. La dimensión económica no parece tener una influencia tan fuerte cuando se analizan las generaciones, pero sí las actitudes hacia el aborto y la homosexualidad. Entre 2000 y 2005 se evidencia un cierto deslizamiento hacia el conservadurismo entre las generaciones más jóvenes y las más maduras, pero la distancia ideológica entre ambas continúa siendo muy marcada. Una interpretación de los datos mostrados en la gráfica V.14 es que las nuevas generaciones de electores tienen una orientación liberal en temas sociales, por lo que las ofertas políticas que busquen atraerlos deberían considerar esos términos. Sin embargo, su posición centrista en el eje económico indica que están divididos entre la izquierda y la derecha, como se vio en la contienda presidencial de 2006. En ese año, los jóvenes menores de 30 años dividieron marcadamente su voto entre López Obrador y Felipe Calderón, aunque la candidata de Alternativa también tuvo su mejor desempeño en ese segmento de votantes.

Si las orientaciones ideológicas de las nuevas generaciones son un indicador confiable acerca de cómo podría ser la dinámica electoral futura, estos datos nos describen

la predominancia del eje económico, con posturas encontradas entre el Estado y el mercado, y la inevitable “liberalización” de las ofertas políticas de los partidos en temas sociales. Para fortalecer su presencia entre este segmento, el PAN no podrá enfocarse únicamente en los valores conservadores de sus seguidores partidistas, sino que tendrá que apelar a los valores liberales de las generaciones jóvenes. El dilema está entre fortalecer su naturaleza conservadora o voltear, como lo hizo en los noventa, al electorado de los cambios y de las demandas nuevas. El PRD también tiene el dilema de permanecer en un punto extremo de asistencia social y redistribución económica, o proponer modelos que incentiven el potencial empresarial y productivo de las generaciones jóvenes. Por su parte, el PRI, cuyo votante mediano ha envejecido y se ha concentrado en los segmentos menos escolarizados de la sociedad mexicana, tiene el dilema de conformarse con ese segmento cada vez más dependiente de la asistencia social, localizado en el campo, y poco abierto a las transformaciones que están teniendo lugar en el mundo, o descubrir cómo apelar convincentemente al México joven, moderno y escolarizado que ha sido producto de la liberalización económica, el libre comercio y la globalización. Las estrategias polarizantes apuntan a la profundización de posturas de un PRD radical, un PAN conservador y un PRI tradicional. Por otro lado, las estrategias que avizoran un cambio generacional en México y que prevén su futuro requiere de un PRD liberal y de izquierda pero con propuestas de crecimiento económico que abra oportunidades a los mexicanos, a un PAN de derecha capitalista pero que esté abierto a segmentos de la sociedad mexicana que en ocasiones chocan con su conservadurismo, y a un PRI que, acostumbrado al voto corporativo y de grupo, comprenda de mejor manera que los cambios económicos y sociales de los últimos años le obligan a apelar a una sociedad cada vez más individualista y gustosa de la libertad para elegir.

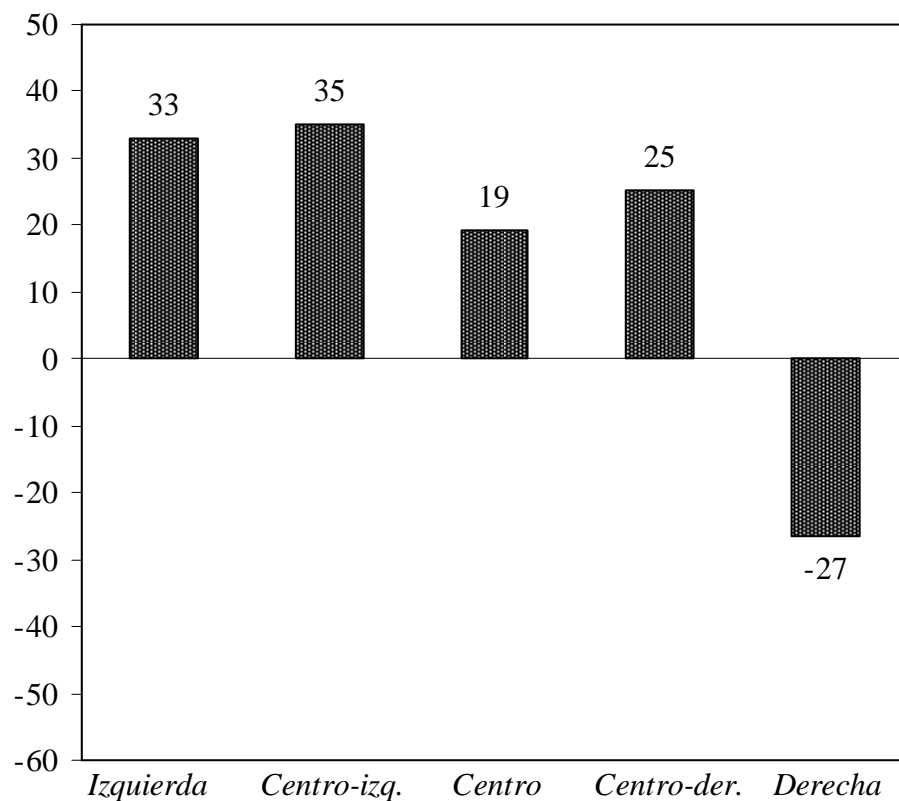


Cuadro V.1. Voto para presidente según la orientación ideológica de los votantes en las elecciones de 2000 y 2006.

|                  | 2000     |           |     | 2006          |         |          |
|------------------|----------|-----------|-----|---------------|---------|----------|
|                  | Cárdenas | Labastida | Fox | López Obrador | Madrazo | Calderón |
|                  | %        | %         | %   | %             | %       | %        |
| Izquierda        | 32       | 17        | 50  | 65            | 15      | 16       |
| Centro-izquierda | 24       | 19        | 54  | 56            | 19      | 23       |
| Centro           | 15       | 32        | 51  | 32            | 24      | 38       |
| Centro-derecha   | 6        | 34        | 59  | 21            | 21      | 54       |
| Derecha          | 12       | 56        | 30  | 24            | 26      | 47       |
| Total            | 18       | 36        | 44  | 37            | 23      | 37       |

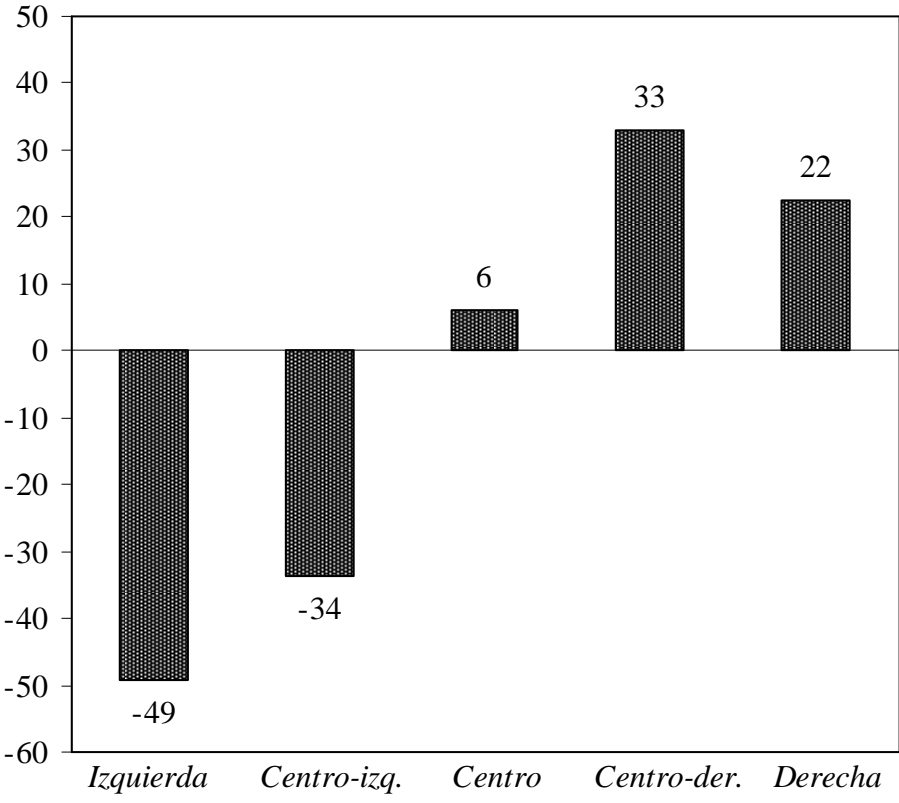
Fuente: *Reforma*, encuestas nacionales de salida (*exit polls*) realizadas a votantes en las elecciones presidenciales de 2000 (n=3,377) y 2006 (n=5,815). El porcentaje efectivo de entrevistados en cada punto de la escala en 2000 fue: 1=21%; 2=10%; 3=23%; 4=9%; 5=36%; ese mismo año, las posiciones promedio de los votantes de cada candidato fueron: Cárdenas=2.66; Fox=3.02; Labastida=3.96. El porcentaje efectivo de entrevistados en cada punto de la escala en 2006 fue: 1=20%; 2=8%; 3=25%; 4=8%; 5=39%; ese mismo año, las posiciones promedio de los votantes de cada candidato fueron: López Obrador=2.71; Calderón=3.89; Madrazo=3.66.

Gráfica V.1. Diferencia porcentual en votos de Vicente Fox sobre Francisco Labastida en la elección de 2000, según la orientación ideológica de los votantes.



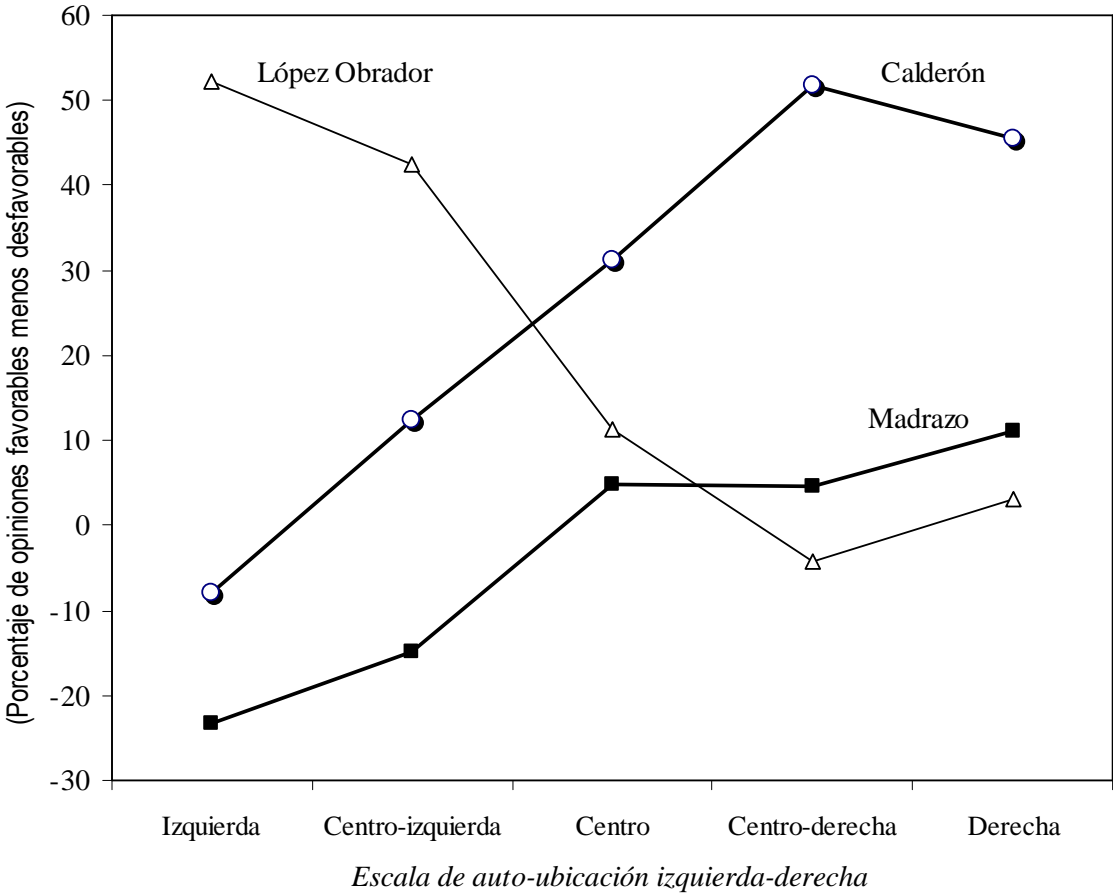
Fuente: *Reforma*, encuesta nacional de salida (*exit poll*) realizada a votantes en las elecciones presidenciales de 2000 (n=3,377).

Gráfica V.2. Diferencia porcentual en votos de Felipe Calderón sobre Andrés Manuel López Obrador en la elección de 2006, según la orientación ideológica de los votantes.



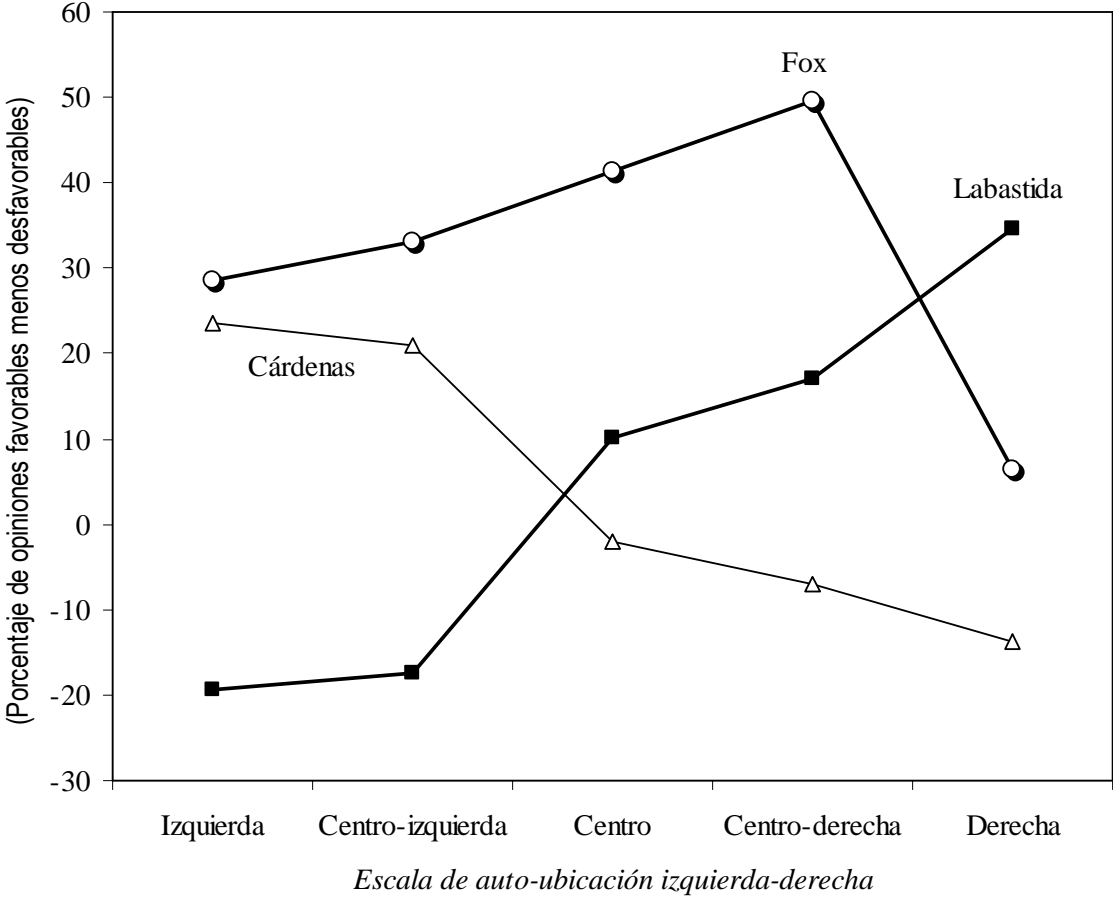
Fuente: *Reforma*, encuesta nacional de salida (*exit poll*) realizada a votantes en las elecciones presidenciales de 2006 (n=5,815).

Gráfica V.3. Popularidad de los candidatos presidenciales en 2006 según la orientación ideológica de los votantes.



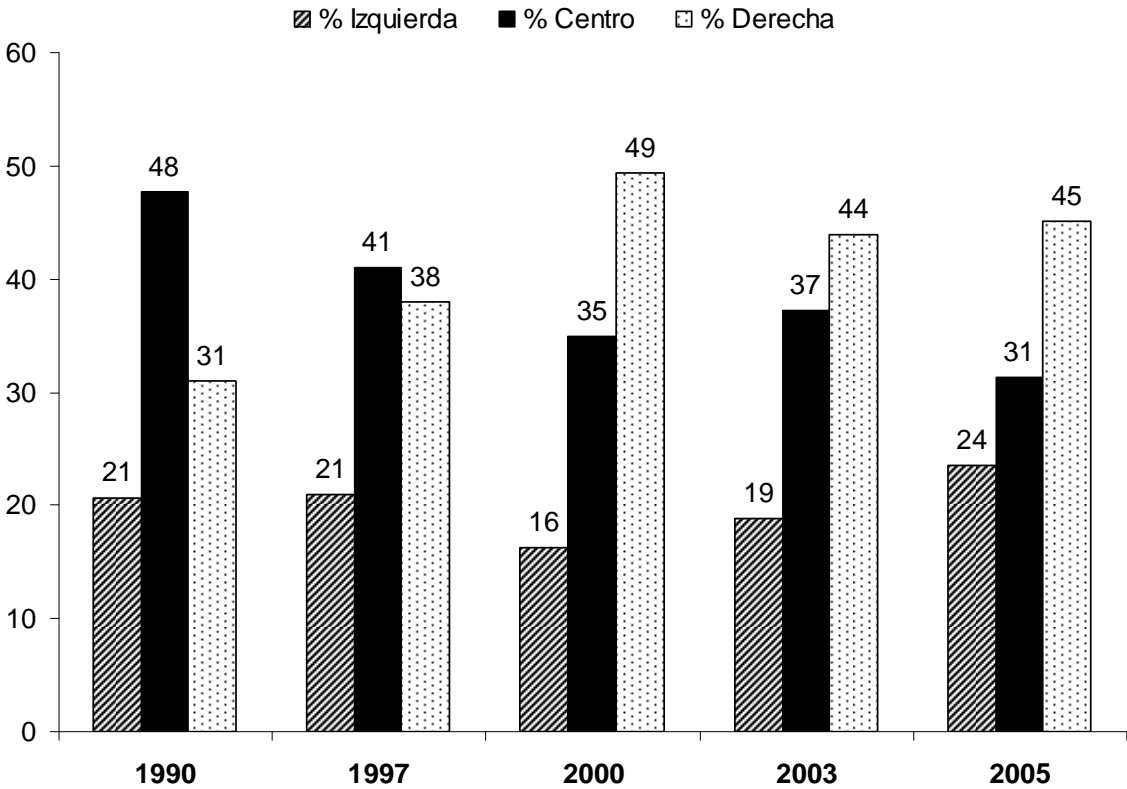
Fuente: *Reforma*, encuesta nacional de salida (*exit poll*) realizada a votantes en las elecciones presidenciales de 2006 (n=5,815)

Gráfica V.4. Popularidad de los candidatos presidenciales en 2000 según la orientación ideológica de los votantes.



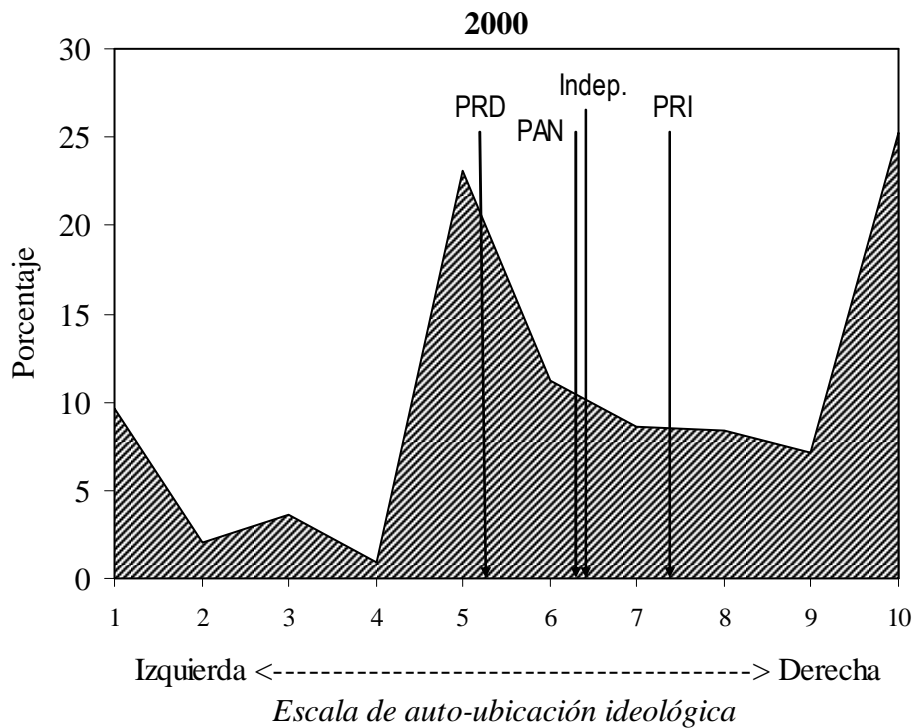
Fuente: *Reforma*, encuesta nacional de salida (*exit poll*) realizada a votantes en las elecciones presidenciales de 2000 (n=3,377).

Gráfica V.5. Distribución de las posturas de izquierda, centro y derecha en el electorado mexicano, 1990-2006.



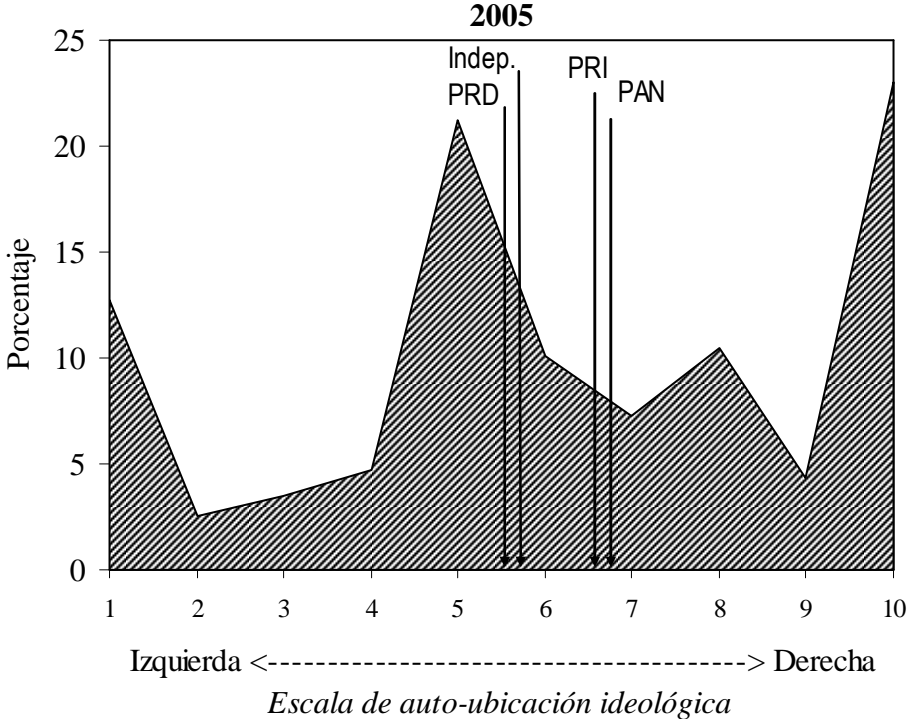
Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 1990 (n=1,531), 1997 (n=1,511), 2000 (n=1,535) y 2005 (n=1,560), y Encuesta los valores de los mexicanos, Banamex 2003 (n=2,380). Versión reagrupada de la escala original de diez puntos: Izquierda (1-4), centro (5-6), derecha (7-10). Los porcentajes de entrevistados que no se ubicaron en la escala fueron: 1990 indefinido; 1997 16%; 2000 30%; 2003 11%; 2006 13%.

Gráfica V.6. Distribución de la escala de auto-ubicación de izquierda a derecha, y las posiciones promedio de los partidistas en el contexto de la elección presidencial de 2000.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 2000 (n=1,535, casos analizados: 1,069). El porcentaje efectivo de entrevistados en cada punto de la escala es: 1=10%; 2=2%; 3=4%; 4=1%; 5=23%; 6=11%; 7=9%; 8=8%; 9=7%; 10=25%. Las posiciones promedio de los grupos partidistas son: PRI=7.32; PAN=6.24; PRD=5.23; Independiente=6.29.

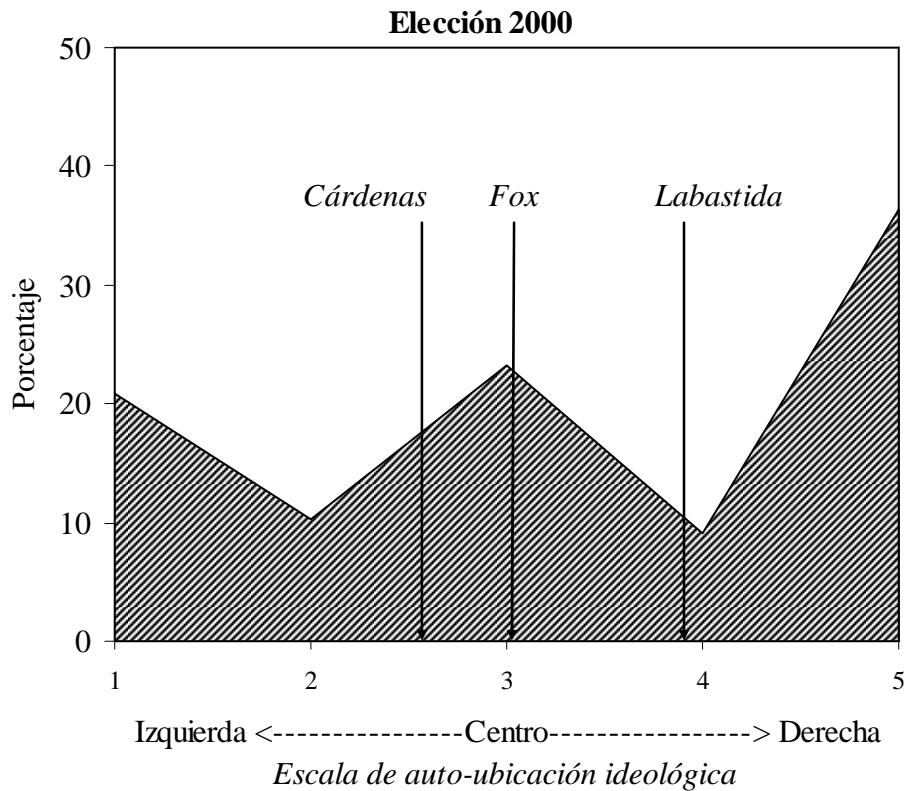
Gráfica V.7. Distribución de la escala de auto-ubicación de izquierda a derecha, y las posiciones promedio de los partidistas a finales de 2005.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 2005 (n=1,560, casos analizados: 1,293). El porcentaje efectivo de entrevistados en cada punto de la escala es: 1=13%; 2=3%; 3=3%; 4=5%; 5=21%; 6=10%; 7=7%; 8=11%; 9=4%; 10=23%. Las posiciones promedio de los grupos partidistas son: PRI=6.76; PAN=6.78; PRD=5.56; Independiente=5.83.

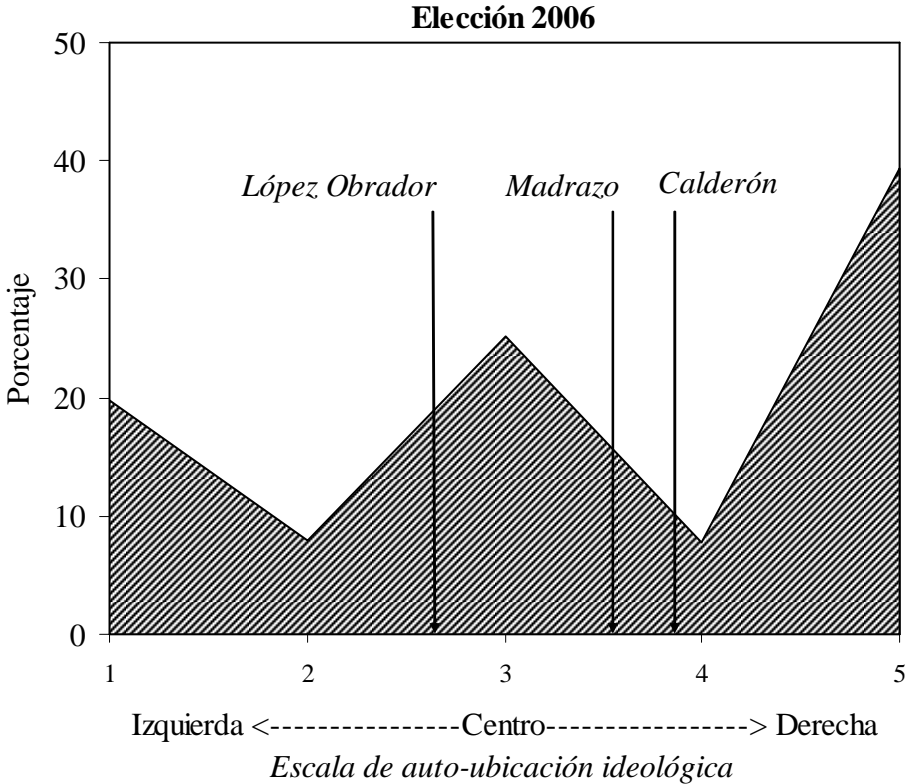


Gráfica V.8. Posición promedio de los votantes de los principales candidatos presidenciales de 2000 en la escala de auto-ubicación de izquierda a derecha.



Fuente: *Reforma*, encuesta nacional de salida (*exit poll*) realizada a votantes en las elecciones presidenciales de 2000 (n=3,377). El porcentaje efectivo de entrevistados en cada punto de la escala es: 1=21%; 2=11%; 3=23%; 4=9%; 5=36%. Las posiciones promedio de los votantes de cada candidato: Cárdenas=2.66; Fox=3.02; Labastida=3.96.

Gráfica V.9. Posición promedio de los votantes de los principales candidatos presidenciales de 2006 en la escala de auto-ubicación de izquierda a derecha.



Fuente: *Reforma*, encuesta nacional de salida (*exit poll*) realizada a votantes en las elecciones presidenciales de 2006 (n=5,815). El porcentaje efectivo de entrevistados en cada punto de la escala es: 1=20%; 2=8%; 3=25%; 4=8%; 5=39%. Las posiciones promedio de los votantes de cada candidato: López Obrador=2.71; Madrazo=3.66; Calderón=3.89.

Cuadro V.2. Determinantes de las posturas de izquierda y derecha en el electorado mexicano, 1997-2005. Modelo logístico multinomial comparando posturas de izquierda vs. posturas de derecha (izquierda como categoría base <sup>a</sup>)

|   | 1997     |             | 2000     |             | 2003     |             | 2005     |             |
|---|----------|-------------|----------|-------------|----------|-------------|----------|-------------|
|   | <i>b</i> | <i>Sig.</i> | <i>b</i> | <i>Sig.</i> | <i>b</i> | <i>Sig.</i> | <i>b</i> | <i>Sig.</i> |
| Igualdad de ingreso vs. incentivos individuales | 0.081    | ***         | 0.058    | **          | 0.074    | ***         | 0.040    | *           |
| Responsabilidad gobierno vs. individualismo     | 0.087    | ***         | -0.011   |             | 0.068    | ***         | 0.059    | ***         |
| Mayor respeto por la autoridad                  | 0.335    | *           | 0.441    | **          | 0.300    | *           | 0.106    |             |
| Fuerte apoyo a la democracia                    | -0.447   | **          | -0.347   | *           | 0.070    |             | -0.200   |             |
| Orgullo nacional                                | -0.067   |             | 0.160    |             | 0.116    |             | -0.160   |             |
| Religión es importante                          | 0.210    | **          | 0.153    |             | 0.354    | ***         | 0.212    | **          |
| Rechazo vs. aceptación homosexualidad           | -0.039   |             | -0.020   |             | -0.048   | **          | -0.005   |             |
| Rechazo vs. aceptación aborto                   | -0.032   |             | -0.030   |             | -0.020   |             | -0.030   |             |
| Valores materialistas vs. postmaterialistas     | -0.025   |             | -0.154   |             | 0.177    | *           | -0.237   | *           |
| Constante                                       | -0.748   |             | 0.454    |             | -1.691   | ***         | 0.090    |             |
| Casos analizados                                | 1,320    |             | 1,242    |             | 2,166    |             | 1,395    |             |
| Ji-cuadrada                                     | 52.9     |             | 30.7     |             | 93.6     |             | 43.9     |             |
| Significación                                   | 0.000    |             | 0.031    |             | 0.000    |             | 0.001    |             |
| Pseudo R-cuadrada:                              |          |             |          |             |          |             |          |             |
| Cox y Snell                                     | 0.039    |             | 0.024    |             | 0.042    |             | 0.031    |             |
| Nagelkerke                                      | 0.045    |             | 0.028    |             | 0.048    |             | 0.035    |             |

Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México (1997, 2000 y 2005), y Encuesta de valores de Banamex (2003). Cálculos del autor.

<sup>a</sup> Los resultados de Centro vs. Izquierda no se muestran en la tabla.

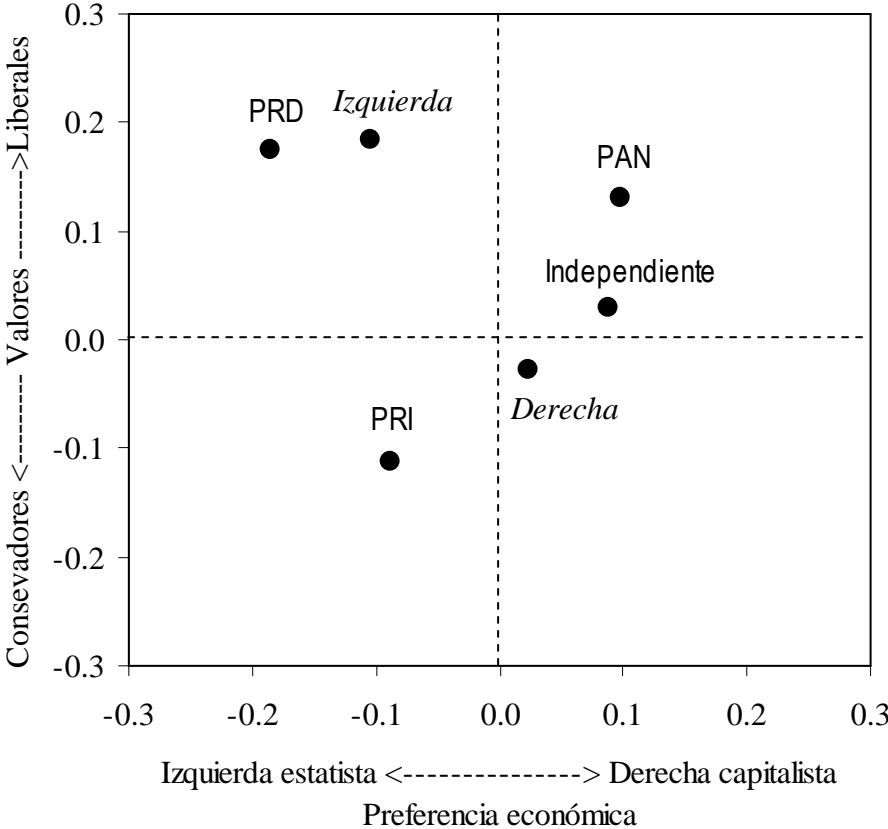
Niveles de significación estadística: \*\*\* p<0.01; \*\* p<0.05, \* p<0.1

Cuadro V.3. Dimensiones ideológicas en México: Valores sociales y preferencias económicas, 1990-2005. (Análisis de factores por componentes principales).

|   | <i>Análisis conjunto<br/>1990-2005</i> |                  | <i>Análisis<br/>2000</i> |                  | <i>Análisis<br/>2005</i> |                  |
|---|--|------------------|--------------------------|------------------|--------------------------|------------------|
|   | <i>Factor I</i>                        | <i>Factor II</i> | <i>Factor I</i>          | <i>Factor II</i> | <i>Factor I</i>          | <i>Factor II</i> |
| <i>Extracción por componentes principales</i>   |  |                  |                          |                  |                          |                  |
| Rechazo vs. aceptación homosexualidad           | .835                                   | -.164            | .768                     | -.341            | .804                     | -.233            |
| Rechazo vs. aceptación aborto                   | .831                                   | -.184            | .769                     | -.348            | .778                     | -.310            |
| Igualdad de ingreso vs. incentivos individuales | .210                                   | .751             | .378                     | .686             | .351                     | .695             |
| Responsabilidad gobierno vs. individuo          | .173                                   | .763             | .416                     | .650             | .247                     | .746             |
| Porcentaje de la varianza explicada             | 36.5%                                  | 30.2%            | 37.4%                    | 28.2%            | 35.9%                    | 29.8%            |
| <i>Con rotación Varimax (con Kaiser)</i>        |  |                  |                          |                  |                          |                  |
| Rechazo vs. aceptación homosexualidad           | .851                                   | .028             | .839                     | .051             | .834                     | .067             |
| Rechazo vs. aceptación aborto                   | .851                                   | .008             | .843                     | .045             | .837                     | -.015            |
| Igualdad de ingreso vs. incentivos individuales | .036                                   | .779             | .019                     | .783             | .082                     | .774             |
| Responsabilidad gobierno vs. individuo          | -.003                                  | .782             | .070                     | .768             | -.033                    | .786             |

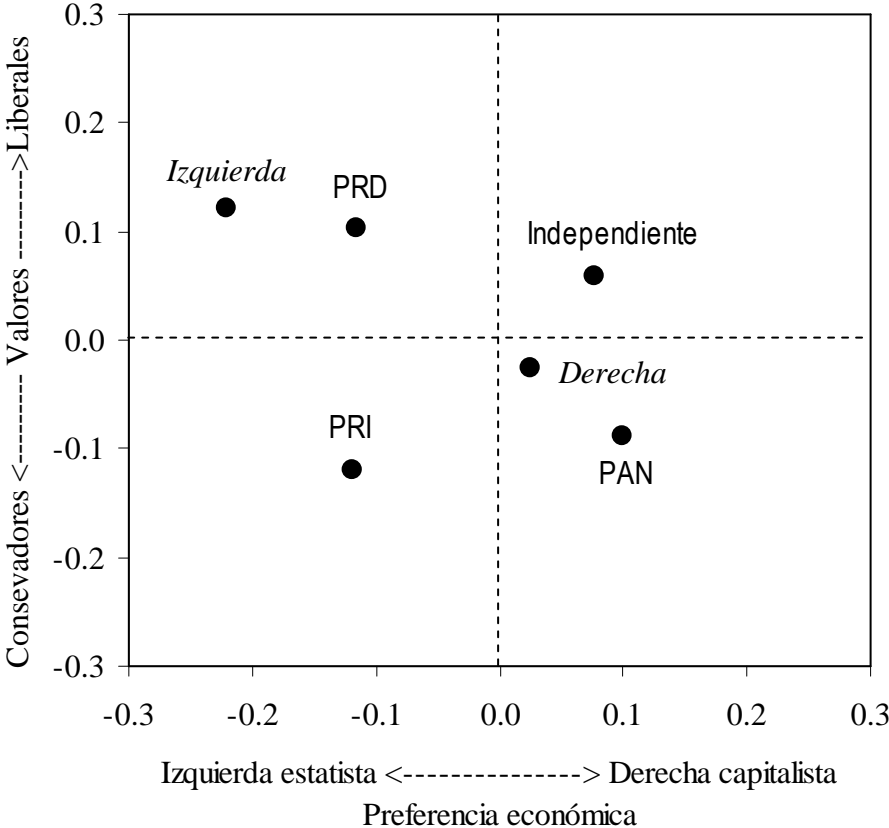
Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México (1990, 1997, 2000 y 2005), y Encuesta de valores de Banamex (2003). Cálculos del autor.

Gráfica V.10. Posición de los partidistas en dos dimensiones de competencia política, elección presidencial de 2000.



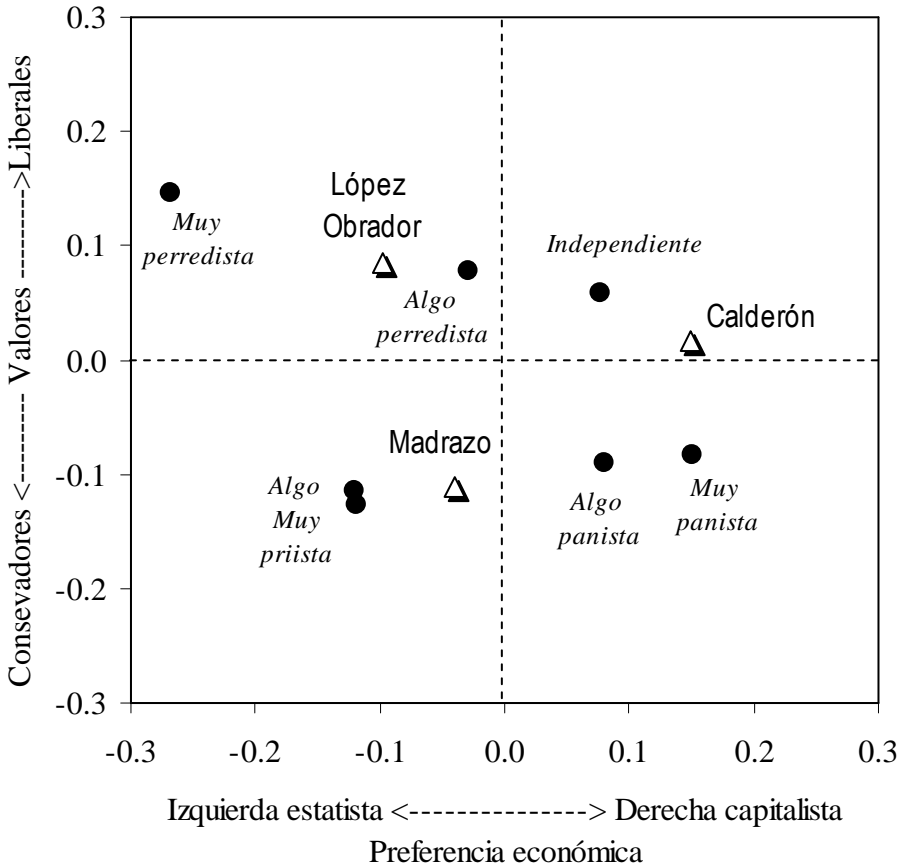
Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 2000. Promedios por subgrupo a partir de los factores generados con el análisis del Cuadro V.3.

Gráfica V.11. Posición de los partidistas en dos dimensiones de competencia política, elección presidencial de 2006.



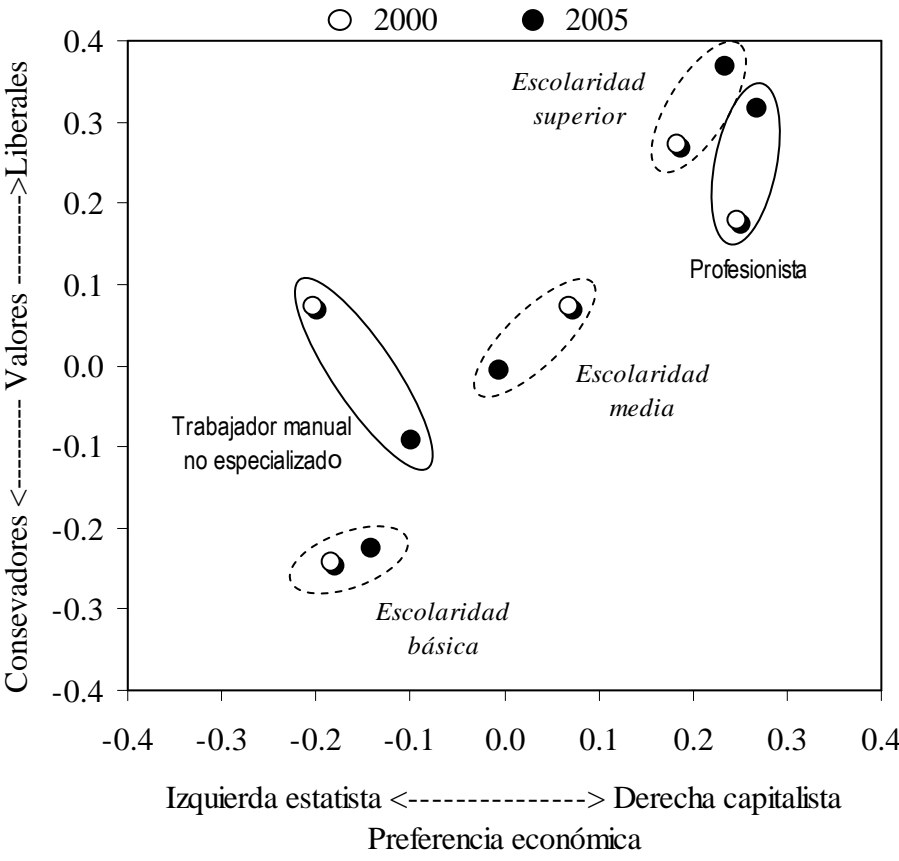
Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 2005. Promedios por subgrupo a partir de los factores generados con el análisis del Cuadro V.3.

Gráfica V.12. Posición de los partidistas y del votante promedio de los principales candidatos presidenciales en dos dimensiones de competencia política, elección presidencial de 2006.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 2005. Promedios por subgrupo a partir de los factores generados con el análisis del Cuadro V.3.

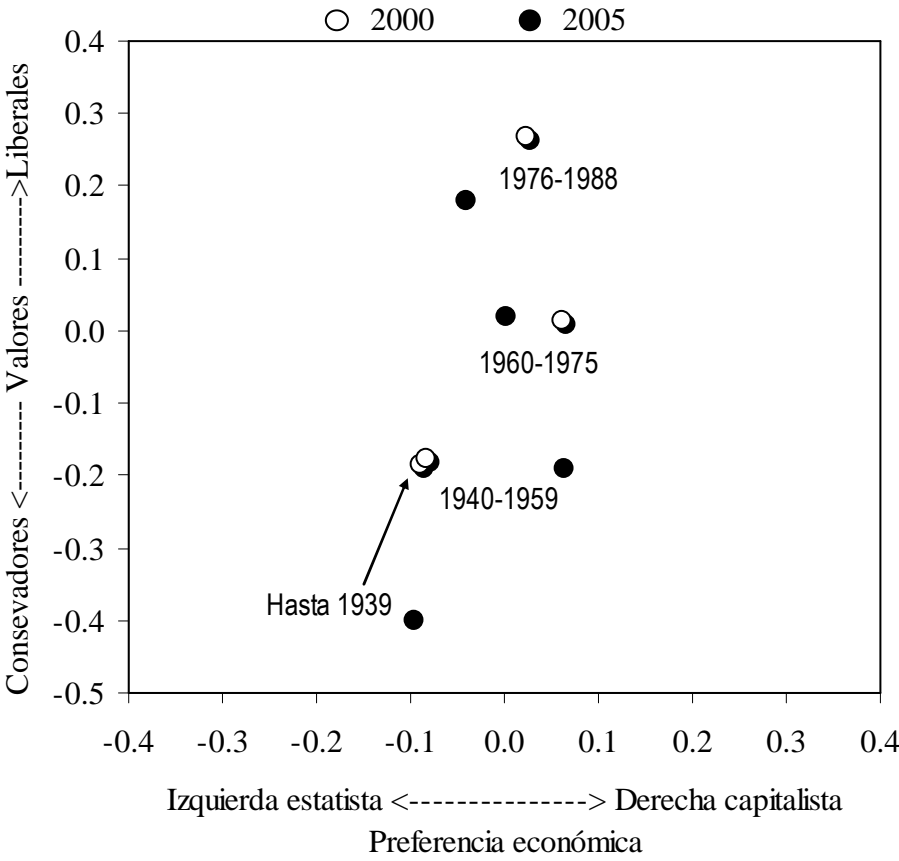
Gráfica V.13. Posición promedio de electores en dos dimensiones de competencia política por escolaridad y grupos selectos de ocupación, encuestas 2000 y 2005.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 2000 y 2005. Promedios por subgrupo a partir de los factores generados con el análisis del Cuadro V.3.



Gráfica V.14. Posición promedio de electores en dos dimensiones de competencia política por año de nacimiento, encuestas 2000 y 2005.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores de México 2000 y 2005. Promedios por subgrupo a partir de los factores generados con el análisis del Cuadro IV.2.